Sven Holm

Termush

Traducción de Daniel Sancosmed Masiá





SVEN HOLM

TERMUSH

Traducción del danés de Daniel Sancosmed Masiá

IMPEDIMENTA

A mis padres

1

Me han instalado en una habitación de la planta superior del hotel. Todo transcurrió según lo planeado, tal como lo habíamos estudiado de antemano y como explicaban en los folletos que nos enviaron con el formulario de inscripción.

Ninguno nos esperábamos que sucediera de una manera tan indolora. Esto lo digo tanto en un sentido corporal como figurado. Inconscientemente, nos habíamos imaginado algo más perfecto, una metamorfosis radical, como si en cada pequeño detalle hubiéramos de ver signos de lo que había pasado, como si los muebles y las paredes hubieran cambiado de carácter y el paisaje tras las ventanas fuese el de un nuevo mundo.

Pero en algún lugar de nuestro interior sí hemos sentido el cambio. El estado de miedo y expectación ha pasado de largo y ha quedado sustituido por una sordera completa, no de los oídos, sino del cuerpo entero, un cansancio o vértigo profundo. No podemos levantarnos de la silla e ir hacia la puerta sin ser conscientes de esta sensación y, sin embargo, ninguno de nosotros puede controlarla. Todo ha cambiado y, aun así, vamos buscando un mínimo detalle que sea diferente. Es como una amenazante convalecencia entre la enfermedad y su mortal desenlace.

La Dirección nos ha recalcado que no debemos sentirnos seguros. Aunque hemos pasado el tiempo suficiente en los refugios subterráneos del hotel, y todas las salas, salones, pasillos y habitaciones están controladas por los guardias —incluidos los alrededores del edificio—, a cada huésped le han entregado un dosímetro para anotar la cantidad de radiación a la que ha estado expuesto cada día. Han instalado intensímetros por todo el hotel, en el techo corredizo y en cada planta, y llevan a cabo lecturas a intervalos regulares.

Naturalmente, no supone ningún peligro que los huéspedes se sientan a salvo. Cuando la Dirección recurre a estas fórmulas no es porque carezca de empatía, sino más bien porque se beneficia de un lenguaje accesible que en parte la tranquiliza y en parte recuerda al tono impersonal de los folletos. Al fin y al cabo, en este momento la Dirección y los huéspedes están exactamente en la misma situación.

El mobiliario de mi habitación estaba resguardado en el sótano, incluso el espejo y las estanterías y las reproducciones que adornan la pared. Lo subieron todo y prepararon la habitación antes de que yo me instalase.

La cama, la mesa, las dos sillas, la lámpara, el armario. Los cuadros son de colores claros. Un jardín de Monet con amapolas demasiado rojas y una luz brillante pero tenue que intenta reproducir la luz de la infancia. Una cabeza de Klee, inerte como una máscara, pero pícara, brillante, parecida a un enorme melón, amable y al mismo tiempo terrorífica. La Dirección nos ha comunicado que podemos sustituir los cuadros si los consideramos inapropiados, o cambiarlos con los vecinos si queremos temporalmente algo distinto. Entre los dos cuadros hay un espejo para examinarse el rostro, pero eso no se puede intercambiar.

He estado pensando en uno de los apartados del folleto: «Una parte física de la descomposición radiactiva es la transformación de la materia. Se puede mencionar, por ejemplo, el P-32, el fósforo radiactivo. A partir de la emisión de una partícula beta, este isótopo se transforma en un sulfuro estable. No es difícil imaginarse el caos que se desencadenaría…».

¿Fue este aviso lo que nos convenció de que las cosas más familiares serían las más extrañas después de la catástrofe? ¿Que el fósforo descendería en la tabla periódica y se convertiría en azufre, que lo que pareciera un metal resultaría ser otra cosa con propiedades totalmente distintas, que las piedras ya no serían piedras y el aire ya no sería aire y que la transformación de una persona en estatua de sal dejaría de ser una fábula?

¿Creíamos que encontraríamos la mesa de madera convertida en una masa esponjosa y la superficie del espejo en una luz fosforescente impalpable, nos imaginábamos que el pomo de la puerta se pulverizaría cuando lo tocásemos y que los cristales de la ventana se harían añicos como un montón de sílice ardiente, que la tela se volvería inquebrantable como el acero y la fruta se haría añicos como la porcelana cuando nos la llevásemos a la mano? ¿Esperábamos que las moléculas del aire cortaran como cristales y que nuestra propia piel fuera una masa oscura vidriada que no tendría nada que ver con nosotros?

No nos imaginábamos que la transformación del mundo sería tan despiadada. Pero quizá uno de los motivos de nuestra impotencia sea que las cosas han conservado su apariencia inicial ahora que ha sucedido la catástrofe. Sin saberlo, nos habíamos encomendado a ella, pensábamos que redimiría nuestros miedos mediante imágenes tan potentes como las que antes solo era capaz de concebir nuestra fantasía.

Pero tras la estancia en los refugios subterráneos del hotel encontramos un mundo con menos cambios de los que habría provocado una tormenta de verano. Y ahora que tenemos una inmensa necesidad de conocimiento y perspicacia, ninguno de nosotros parece

capaz de satisfacerla.

Pero solo ha pasado un día desde que regresamos, y todos han estado demasiado ocupados (o han hecho por estarlo) colocando muebles y comparando sus cuadros y la ubicación de sus habitaciones.

Afuera el sol luce entre una fina capa de nubes, pero no parece que vaya a llover, lo cual, según los expertos en radiación, debería tranquilizarnos.

2

Nos convocaron en el salón a primera hora de la mañana. Lo hicieron a través de la megafonía del hotel, que al parecer está configurada para difundir esta clase de órdenes incluso cuando cada altavoz individual esté apagado. Cuando utilizo la palabra órdenes no es con ánimo de insinuar oposición, sino porque este trámite me resulta discriminatorio para el huésped como individuo. Y aun así tengo dudas: es cierto que el sistema puede ser indispensable para todos nosotros, y a lo único a lo que me opongo es a su uso en este caso.

La Dirección nos informó de que en unos días mandaría una batida para investigar la posibilidad de contactar con otros grupos de las zonas que no estuvieran destruidas o que aún no supusieran una amenaza a causa de la radiación.

Los integrantes llevarán consigo un equipo de transmisión de gran alcance y cada mañana la Dirección nos comunicará qué mediciones y observaciones se han realizado el día anterior.

Evidentemente, el grupo irá equipado con los trajes de protección necesarios, pero se ha renunciado a que esté motorizado. Toda la red de carreteras ya estaba destruida cuando recibimos las últimas comunicaciones por radio en los refugios. Se habló de usar motos de campo pequeñas, pero seguramente son más apropiadas para distancias cortas, y el problema del combustible sería difícil de resolver.

El grupo estará compuesto por un técnico de radiación, un médico y un par de voluntarios que, según tengo entendido, ofrecieron sus servicios cuando aún estábamos bajo tierra en los refugios. Es totalmente comprensible que hayan preferido a personas jóvenes para llevar a cabo estas tareas.

Como no cabe esperar que el grupo encuentre alimentos en buenas condiciones, llevarán conservas, pero debido al peso no será posible abastecerlos de agua potable para más de un par de días. La Dirección y los exploradores confían en los suministros de agua dulce que aparecen en el mapa. A mi modo de ver, hay motivos sólidos para pensar que estos contenedores de agua hayan sido destruidos o que, si están intactos, alguien haya recurrido ya a ellos. El mapa que muestra las instalaciones subterráneas de almacenamiento de agua se envió oficialmente hace varios años.

En resumidas cuentas, me parece que el grupo de exploradores ha pecado de optimista en sus estimaciones. Por supuesto, los miembros

fueron elegidos individualmente y la naturaleza de sus tareas puede haberles infundido esa excesiva vitalidad, quizá diría euforia, que muestran. Pero hay que tener en cuenta que no van únicamente en representación de sí mismos: si actúan de forma temeraria, las consecuencias para los huéspedes del hotel y para la Dirección pueden ser fatales. Según el plan, tal como está explicado en el folleto, solo se preveía el envío de un grupo de exploradores si fallaba cualquier otro método de comunicación pública. Sin embargo, pensé que era mejor no exponer mis dudas en la primera reunión.

Un huésped propuso que se retransmitieran en directo las comunicaciones de los miembros de la batida a través de la megafonía del hotel y, aunque la propuesta iba en serio, provocó risas y gestos de incredulidad. Por supuesto, la ocurrencia era melodramática, pero es importante que los huéspedes propongamos cambios que puedan generar debate.

El médico del hotel nos solicitó a todos que le facilitáramos muestras de orina un par de veces a la semana para comparar los resultados con las indicaciones del dosímetro. De repente, una mujer se puso a llorar compulsivamente y apoyó la cabeza en la mesa que tenía delante. Miró al doctor cuando este quiso ayudarla y siguió negando con la cabeza mientras repetía que su orina era impecable, que no dejaría que nadie la examinase y que en el folleto no ponía nada de esa clase de pruebas.

Se la llevaron tranquilamente y el médico le inyectó un sedante. Más tarde, cuando me di cuenta de que vivía en la habitación de enfrente, fui a verla. Estaba medio dormida y con sus húmedas y cálidas manos quiso agarrar la mía, pero sus pensamientos se habían sosegado y ya no le parecía horrible la petición del médico; era como si hubiese olvidado lo ocurrido en el salón.

La reacción de esta mujer es comprensible. Lo que es menos comprensible es que los demás nos mantengamos tan enteros, que vacilemos tan poco y que podamos debatir con calma y reírnos y enfadarnos. Su arrebato me parece más natural que nuestra contención: significa que ni su fantasía ni su sensibilidad están agarrotadas, como lo están las nuestras.

Y una vez más me pregunto si nosotros estamos en condiciones de valorar racionalmente las ventajas e inconvenientes de mandar a los exploradores, o de decidir sobre nuestro futuro. Si no corremos peligro de atrofiarnos porque nos hemos prohibido reaccionar de una manera que se salga de lo que dicen los folletos. Si sabremos gestionar nuestras opciones ahora que hemos obstruido los impulsos que podían volvernos previsores y activos, nerviosos e intranquilos, pero siempre capaces de tomar decisiones razonadas cuando la situación lo requiriera.

Me incluyo en estas consideraciones: no paro de darle vueltas al molesto color verde cobrizo de la alfombra y a los ruidos de la habitación contigua que penetran en mí sin que pueda oponer resistencia. El sillón es el único objeto de la habitación que me satisface. Incluso el espejo viene con un marco que le hace desentonar con el resto de los muebles.

Todos estos detalles me mantienen ocupado de una manera que despierta en mí inquietud y asombro. Mi único consuelo es que todo está aún tan reciente que lo que ha sucedido no lo puede entender la mente ni ha conseguido penetrar aún en mi organismo.

3

Hoy hemos tenido la oportunidad de salir del hotel por vez primera.

Cuando volvimos de los refugios estuve observando a los guardias, que, equipados con contadores Geiger, máscaras antigás y esa ropa protectora gruesa y clara, habían recibido autorización para inspeccionar los terrenos y la zona entre los edificios que ha sido drenada.

Han levantado todas las baldosas que conducen al jardín y a la playa y las han puesto del revés, han mojado los enormes cactus y han arado la tierra que los rodea, han cortado las flores y las han plantado en surcos individuales, han regado los arbustos y los han volcado sobre el césped, y le han dado la vuelta a cada brizna de hierba como a los dedos de un guante, si hemos de creernos los informes de los guardias.

Así pues, el paisaje es marrón y la tierra está levantada por doquier, pero las grandes hojas de cactus con forma de plato lucen un verde resplandeciente y el follaje de los arbustos brilla como si fuera artificial. Los estriados acantilados que se alzan sobre el mar han perdido la vegetación y están cubiertos de tierra y agua.

A poca distancia del recinto privado del hotel, la naturaleza no parece dañada. Abunda el gris y el verde, pero los guardias han estado tomando lecturas y aseguran que el terreno no es más habitable que un planeta cuya atmósfera estuviese compuesta de ácido sulfúrico. Podemos salir a pasear únicamente porque no hay viento y no hay riesgo de que el polvo de la zona que rodea el hotel se levante y entre en el edificio.

Anduvimos por el jardín como si quisiéramos comprobar que los caminos soportaban nuestro peso, y deambulamos entre los cactus y la rocalla; ninguno se aventuró a alejarse demasiado del grupo, seguimos la senda marcada hasta el mirador que hay junto a la playa y volvimos a la escalera principal del hotel.

Nadie habló mucho, todos llevábamos abrigo y no pocos se taparon la boca con un pañuelo, aunque el guardia nos había garantizado que no era necesario. Estábamos poseídos por una escalofriante inquietud que nos empujaba a ir pisándole los talones al hombre que llevaba el intensímetro.

Yo iba con la mujer de la que hablé ayer. Se pegó a mí en silencio, pero con una breve sonrisa, y cuando llegamos al mirador le ofrecí mi brazo. Me pareció que seguía nerviosa, no por lo que ocurrió ayer,

sino como si hubiera en ella un sustrato de miedo y una leve inquietud que le fueran connaturales. Eso le permitía ver el exterior sin esa seguridad parecida a la de un sonámbulo que nos caracteriza a los demás y que nos da la capacidad de actuar, pero que, al mismo tiempo, nos impide dudar de nuestros actos y sus motivaciones.

No intercambiamos muchas palabras, pero sentimos un escalofrío simultáneo cuando de repente vimos la vasta extensión del mar a nuestra derecha. No porque este hubiera cambiado, sino quizá porque en ese instante comprendimos el cambio que habíamos experimentado nosotros mismos. Un desierto frío e interminable que el sol llenaba con su incolora piel. Solo junto a los acantilados se podía seguir el movimiento del agua, como si la velocidad hubiera disminuido o las formaciones de las olas estuvieran solidificándose debido a la altura del mirador con respecto a la playa.

Contemplando el océano Atlántico, que irradiaba un frío tan perfecto, cobré consciencia por primera vez de lo que había ocurrido. Aunque el mar no tenía nada que ver con la catástrofe; al contrario, era el último lugar donde podría encontrarse indicio alguno de ella. Y, aun así, el jardín levantado, las hojas de cactus mojadas, los surcos cavados, todos esos cambios me conmovían menos que aquel océano inmutable.

De vuelta nos encontramos con el otro grupo, también ellos con abrigos largos, pálidos e inquietos, pero menos silenciosos que nosotros, que ya habíamos visto el mar.

4

El día antes de que saliéramos de los refugios encontraron cuatro cadáveres en la escalera principal del hotel.

Evidentemente, la intención no era informar de ello a los huéspedes, pero a uno de los guardias se le escapó. Contó que estuvo presente cuando se llevaron los cuerpos y los enterraron. Cuando cogieron al último, el pelo se le cayó al suelo completamente, casi como si fuera una peluca. Era una mujer joven, tenía el rostro tumefacto y el cuerpo cubierto de pequeñas heridas con forma de punto. Los otros tres eran hombres y no tenían marcas, pero uno sí presentaba en el pecho unas heridas iguales a las de la mujer. Seguramente habían pensado que en el hotel podrían pedir ayuda y se echaron en la escalera al ver que nadie respondía a sus golpes en la puerta. Sin duda, habían venido de los pueblos más cercanos, situados a unos diez kilómetros tierra adentro. Todos habían muerto a consecuencia de la radiación.

Estoy en contra de que la Dirección decidiera mantener en secreto el hallazgo de los cuatro cadáveres. De tal modo, se ha arrogado un papel de autoridad al que no tiene derecho. Esta vez se puede alegar que el suceso no reviste gran importancia, que daba igual que se guardase el secreto, e incluso que quizá la decisión vino dictada por la delicadeza, pero me sublevo contra estos argumentos.

Si la Dirección del hotel se percibe a sí misma como una pantalla protectora entre los huéspedes y el exterior, por disuasorio que este resulte, está actuando directamente en contra de sus premisas. Ser «un seguro de asistencia en una situación que perfectamente podría resultar ser un caos», como está torpemente formulado en el folleto, no es compatible con una ocultación forzada de ciertos aspectos de la verdad.

He hablado de ello con mis vecinos y con otros huéspedes del hotel, y no están en desacuerdo conmigo, aunque creen que le estoy dando demasiada importancia a un asunto tan nimio.

Cuando me di de alta en esta institución hace muchos años para obtener «un seguro de asistencia», lo hice pensando en la remota localización del hotel, en la cantidad de alimentos almacenados, en el fácil acceso a aguas subterráneas inocuas, en los refugios y en la protección de los guardias y del grupo de exploración. No pagué la tasa de inscripción ni las elevadas cuotas mensuales para que me pusieran bajo tutela y me arrebatasen mi capacidad de analizar con

claridad lo que sucede a mi alrededor.

Pero quizá gran parte de los huéspedes de Termush se sientan aliviados si se les hurtan los detalles escabrosos. Vivir en Termush no es indicativo de un interés especial por el mundo exterior. Lo importante para quienes nos inscribimos era el acceso a una habitación segura, a médicos y a una lancha a motor lista para llevarse lejos del país a los huéspedes si el entorno se tornara inhabitable.

Todo estaba preparado. Incluso el arca de Noé, para trasladar a los especímenes elegidos al otro lado del mundo, a un lugar con jardines y manantiales donde el aire fuera respirable y donde se pudieran tocar las flores y las frutas sin que tu vida corriera peligro.

Para mí inscribirme fue una gestión práctica y pude hacerlo gracias a mi patrimonio.

Antes de esta, de las tres veces que la institución Termush me mandó una convocatoria de emergencia, dos la retiraron a tiempo porque el peligro de que estallara una guerra había pasado. En una tercera ocasión llegamos a alojarnos aquí: nos trajeron en autobús y nos fuimos a los dos días, cuando pasó la crisis. Sin embargo, ahora hay muchos más huéspedes, quizá porque esta vez la llamada se produjo un viernes y la gente se podía tomar la estancia como una agradable escapada de fin de semana si resultaba ser una falsa alarma. Hacía buen tiempo y el sol brillaba con fuerza en un cielo sin nubes. Pero la primera noche nos mandaron directamente a los refugios. Esta vez no había vuelta atrás. Ya nadie podía dudar de la situación.

Me encontraba algo aturdido, sumido en mis especulaciones, así que pedí que me subieran la cena a la habitación.

La mujer de la habitación de enfrente pasó a buscarme después; se había fijado en que no estaba en el comedor. Le hablé brevemente de mis preocupaciones, pero justifiqué mi ausencia con una indisposición pasajera.

Me pidió que la llamara por su nombre de pila, Maria. En el transcurso de la velada me estuvo hablando de su vida anterior. No era nada del otro mundo, pero la reprodujo con una ternura y una calidez que me atraparon. Había estado casada, pero su marido había muerto y no tenía hijos. Al igual que yo, era profesora de universidad.

Cuando se fue, decidí exponer mis opiniones a la Dirección en la siguiente reunión. Estaba en contra de que nos ocultasen los cadáveres.

Todas las noches ponen música por la megafonía del hotel. Estuve escuchando el programa, pero debí de dormirme un par de horas sobre la colcha. Cuando me desperté, hacía frío en la habitación y del altavoz manaba un pitido monótono, casi inaudible, que se me metió



en el oído mientras estaba sentado a la mesa escribiendo.

5

Volvieron a servirse del sistema de megafonía para convocarnos a la reunión, aunque ya se sabía la hora desde ayer.

Los cuatro exploradores estaban sentados en las sillas más altas de la sala con los trajes de protección puestos. La reunión resultó ser una ceremonia de despedida, o más bien un ritual diseñado para recalcar la solidaridad entre ellos y los huéspedes del hotel.

Sonreían con solemnidad, igual que los astronautas en las fotografías. También nuestros exploradores son emisarios, a la vez serios como los descubridores del pasado y sonrientes como anónimos pilotos espaciales.

Un representante de la Dirección del hotel y uno de los huéspedes pronunciaron sendos discursos dirigidos a los exploradores; el ambiente era formal, aunque curiosamente desprovisto de solemnidad. Nos invade una inquietud sincera, pero al mismo tiempo manejamos nuestros sentimientos como una jauría de fantasmas. La actitud de los exploradores desvela la misma sensación; ambos grupos son incapaces de expresarse sin hacer muecas.

Tanto ellos como nosotros interpretamos los papeles de anteayer. Lo sucedido lo ha calcinado todo: de aquí en adelante no cabe esperar ningún cambio. El mundo parece haberse congelado en el instante en que se produjo la catástrofe: los que hemos quedado podemos deambular por el inmenso cristal negro, pero no tenemos modo de transformarlo.

Observamos el interior del oscuro conglomerado donde edificios, calles, árboles, hordas de humanos, vastos paisajes con granjas y rebaños de ganado están fraguados como hormigas en el ámbar, una mano ha agarrado una botella de cerveza y ya no se diferencia de ella, un rostro se ha girado hacia otro y ambos se funden en uno para siempre, dos brazos seguirán extendidos hacia un niño que seguirá corriendo hacia dos brazos extendidos, un cuchillo de cocina se ha detenido en medio del pan, aunque quien sostenía el cuchillo pretendía cortar hasta el final, del grifo sale agua y en las calles los coches se amontonan y no se puede cambiar nada de esto, el mundo se ha vuelto perfecto y los supervivientes deben quedar fuera de él.

Entiendo nuestro miedo a afrontar la catástrofe. Y la rutina en Termush está bien: el sol sigue en su sitio, sirven comida y suena música por los altavoces. Mientras nosotros sigamos pareciendo nosotros (y los espejos de las habitaciones confirman que lo seguimos pareciendo), también el mundo se parecerá al mundo. Por tanto, es

una insensatez hablar de transformación. Nosotros somos la prueba viviente.

Pero estoy convencido de que podríamos sacar la conclusión inversa. De que, precisamente dadas las circunstancias, no debemos olvidar la catástrofe.

En el turno de preguntas después de la reunión, planteé la cuestión de los cadáveres, tal como había decidido.

La Dirección rechazó mi pregunta; ya se había asegurado de que los guardias no se fueran de la lengua. Era deber del personal y de la Dirección procurar mantener alejado todo aquello que fuera molesto y perturbador, así como preservar el orden y la limpieza.

Yo esperaba contar con el respaldo de los huéspedes, pero solo uno se puso en pie, y fue para apoyar sin reservas la intervención de la Dirección. Era el hombre que había pronunciado el discurso de loa a los exploradores. Me dirigió un par de comentarios desagradables, me acusó de no saber lo que decía y sostuvo que, de hecho, era necesario silenciar lo que se pudiera, sí, que había que preferir una mentira inteligente a una verdad malvada.

No me fue posible contestar a su réplica, o, mejor dicho, me abstuve de contestar.

Mis sospechas sobre la autoridad de la Dirección del hotel no se han atenuado. Cuando transmitan los comunicados de los exploradores, no podremos saber si han sido censurados. Tampoco cabe esperar que los huéspedes se opongan a dicha censura.

Como hacía algo de viento, hoy estaba prohibido salir. El polvo de los terrenos adyacentes entra en el hotel con el aire, aunque solo en pequeñas cantidades.

La despedida se produjo a través de las ventanas cerradas del vestíbulo. Los exploradores se marcharon arrastrando sus carritos llenos de material y de conservas. Emprendieron el camino con máscaras de gas, trajes, cascos y botas de protección, por lo que caminaban lentos y con cierta torpeza, como buzos bajo el agua.

Los seguimos con la mirada unos veinte minutos mientras bajaban el sendero y entraban en la zona cerrada, hasta que desaparecieron tras los acantilados. Andaban ligeramente inclinados hacia delante, torpes como niños deformes con trajes claros. Me quedé helado al verlos. Creo que todos los que estábamos en el vestíbulo sentimos ese frío y la impotencia de saber que esas cuatro figuras eran nuestra única posible conexión con el exterior. Nos separamos sin mencionar lo acaecido durante el día. Subí a mi habitación para estar solo.

Voy a quedarme aquí hasta que sirvan la cena.

6

Anoche, después de un fuerte chaparrón, saltó la alarma. Los intensímetros del tejado y del exterior del edificio activaron automáticamente el sistema eléctrico de seguridad. A los pocos segundos, nos mandaron a los refugios.

No se produjo ningún tumulto o aglomeración. Mantuvimos cierta distancia entre nosotros mientras bajábamos por las empinadas escaleras que daban a la gigantesca instalación formada por cuevas y pasillos. La profundidad y la humedad se notan directamente en el cuerpo durante el descenso.

Antes de que se abriera el portón y pudiéramos distribuirnos por los refugios, hubo un momento incómodo. Uno de los hombres de las primeras plantas se negó a abandonar el hotel y, cuando trataron de convencerlo, se sentó, braceó y pataleó para que no lo bajasen al refugio. Llamaron al médico y este le inyectó un sedante. Dos guardias lo bajaron por las escaleras y lo tumbaron medio dormido en el catre que había al lado del mío.

Mientras dormitaba se le cayó la manta varias veces. No estuve atento a propósito, pero tuve un sueño tan ligero que pude volver a ponérsela.

Se despertó esta mañana temprano e intenté tranquilizarlo contándole lo que había ocurrido. Me miró largo rato antes de asentir. Tenía los ojos cansados.

Tras haber examinado la habitación, se puso a hablarme de su pavor a los sitios cerrados, a los espacios oscuros blindados y al olor humano que se acentuaba cada hora, ese olor a ropa y a piel. Levantó la cabeza e hizo una débil señal con la mano hacia la gente que estaba durmiendo. Yo asentí para mostrarle que lo entendía y él dejó caer la cabeza sobre la manta.

Habló de los seis días que estuvimos en los refugios después de la catástrofe. Los últimos los pasó tumbado en un catre de una de las habitaciones, sin moverse para mantener la actividad mental y corporal bajo mínimos, reprimiendo por la fuerza su capacidad de ver y oír mientras peleaba contra el mareo y unas crecientes náuseas. Pero el médico le había garantizado que no eran síntomas de radiación.

Le pregunté qué había dicho el médico que era.

—Claustrofobia —respondió.

—Naturalmente, puede que usted padezca claustrofobia —dije—. Pero creo que no tiene sentido buscar una explicación tan precisa para sus síntomas. Más bien habría que aclarar cómo es posible que los

demás no los tengamos.

—Ah, usted se refiere a los síntomas de radiación —dijo.

—No, me refiero a lo que hemos vivido últimamente. O más bien lo que nos han librado de vivir pero sabemos que ha sucedido.

—Me pasa igual en el hotel —confesó de repente—. O quizá más aún, allí es peor por la noche. Es como si llevase dentro una bombilla eléctrica que sube por el pecho, baja por el abdomen, se mete en la cabeza y en el cuello. No me deja dormir porque siempre hay una parte del cuerpo dolorida, encendida, y no puede descansar. No es porque piense en lo que ha pasado, no me imagino los cadáveres ni las casas derrumbadas ni a la gente que sigue viva con quemaduras por el cuerpo. Pero hay algo que ha cambiado en las últimas semanas, quizá dentro de mí.

—¿Y qué le ha dicho el médico? —pregunté.

—Dice que es insomnio.

Poco antes de que nos despertasen, salí al pasillo. Me encontré con Maria. Estaba fumando apoyada en la pared de hormigón.

Llevamos todo el día en el refugio y sigue lloviendo. Hay mucha contaminación, los guardias llevan a cabo lecturas regulares de los intensímetros.

Maria y yo nos turnamos para apoyarnos el uno en el otro, sin apenas hablar. La gente exhausta a diestro y siniestro, las voces susurrantes y los rostros inexpresivos nos causan un leve aturdimiento. No estamos en los refugios porque la tierra sea un infierno abrasador, sino porque está lloviendo y la lluvia hace que algunos medidores activen el sistema de alarma.

La gente se levanta a menudo para ir al baño. Es el único lugar donde podemos protegernos de los demás. La ventilación es horrible y hay manchas de humedad en las gruesas paredes. Pero, por un instante, está todo en silencio, no cruzamos la mirada con nadie y, por tanto, no tenemos que pensar en nosotros mismos.

7

Esta mañana nos han llevado de vuelta al hotel y a nuestras habitaciones.

La lluvia había cesado durante la noche y los guardias habían limpiado los edificios por la mañana temprano. El viento se estaba calmando, la humedad mantenía el polvo pegado a la tierra.

Los guardias seguían cavando, limpiando los cactus y los arbustos y comprobando la intensidad de la radiación con sus contadores Geiger. Es imposible adivinar los resultados por el movimiento de sus gruesos trajes, y no nos los comunicarán hasta que no los hayan cotejado con la Dirección.

Por el sistema de megafonía nos informan de las primeras comunicaciones por radio con los exploradores. Según el breve y editado resumen, el grupo no ha encontrado supervivientes en los pueblos, donde solo vagan gallinas y perros afectados por la radiación. El relator usó la expresión «supervivientes reales», que me parece chapucera y repugnante. Imagino que se refiere a supervivientes a los que les queden más de un par de días.

La intensidad de las emisiones es altísima en todas partes y casi siempre aumenta a medida que los exploradores se alejan de la costa.

Mientras escribía se ha hecho tarde: la música del altavoz acalla los últimos ruidos de las habitaciones contiguas y de sus lavabos.

A menudo hay largas pausas entre la conclusión de una pieza musical y el anuncio de la siguiente. Dejo de escribir y espero la voz, una voz masculina, tenue y algo cansada, pero muy nítida. No sé si es de una persona que vive en el edificio o si está en una cinta que quizá se grabó cuando Termush todavía funcionaba como hotel y centro recreativo.

Pero oigo durante las pausas una respiración calmada, ampliada a través del altavoz de modo que se oye justo al lado de mi mesa, un aliento continuo, relajado, que me es más familiar que algunos de los residentes de Termush. Puedo distinguir cuatro o cinco respiraciones antes de que la voz se vuelva a abrir paso.

Mientras la escucho, intento imaginarme su rostro y sus manos, pero no lo consigo. Esa voz, de una franqueza sorprendente, nunca revela información acerca de su dueño. Pero la presencia casi física de la respiración y de la voz parece fundirse con la música.

Quiero dejar por escrito un sueño que tuve hace dos noches.

Fuera del hotel patrullan una serie de soldados que mantienen el

orden y la limpieza. Caminan despacio por la playa y recogen montones de peces muertos. Con movimientos sosegados, los apilan y se encargan de separar los grises y los rosas. Pero, cada vez que han acabado de limpiar la arena, aparece otra tanda de peces.

Por encima de la playa, en el jardín, caminan más soldados. Estos recogen pájaros caídos con largos palos puntiagudos: estorninos, mirlos y gorriones con las plumas pegajosas. Un último grupo de soldados poda flores y arbustos y los grandes cactus con enormes tijeras. Las plantas han crecido desbocadas, se han ramificado salvajemente en todas direcciones adoptando formas contrahechas, pero cada brote deforme es cercenado con precisión.

Todos estos soldados se giran al mismo tiempo hacia mí y veo que no tienen rostro. Solo un óvalo opaco y brillante sin irregularidades ni facciones.

Pero a la vez me doy cuenta de que el único soldado que hay dentro del hotel sí tiene un rostro completo, y está observando a los demás desde el vestíbulo. Sin saber por qué, estoy seguro de que es el dueño de la voz familiar. No habla ni se gira hacia mí, está de perfil y yo intento en vano establecer contacto con él, pero, de repente, me despierto.

8

Durante el almuerzo ha tenido lugar un episodio impactante.

La Dirección y los huéspedes estaban en el comedor; yo me había sentado con Maria, como suelo hacer últimamente. No había nadie en el jardín ni en el vestíbulo.

Acababan de servir la comida cuando se abrieron de golpe las puertas dobles y un hombre de aspecto salvaje avanzó tambaleándose entre las mesas. Antes de que alguien se levantase para ayudarlo, se desplomó, tosió y escupió un líquido oscuro en el suelo.

Nos quedamos paralizados en el acto de levantarnos, cuando ya habíamos apartado la silla de la mesa y algunos comenzaban a abrirse paso entre sus vecinos. En ese instante, todos recordamos las instrucciones y advertencias acerca de tocar a alguien. Lo que había sido mitad curiosidad, mitad deseo de ayudar quedó cortado de raíz al instante: se hizo un silencio absoluto en el comedor.

Uno de los médicos fue hacia el recién llegado. Mientras avanzaba, se puso un par de guantes de goma oscuros. Cuando llegó hasta el enfermo, lo agarró de los hombros con fuerza intentando evitar que el resto del cuerpo entrase en contacto con su ropa. Lo llevó con los brazos extendidos hacia las puertas, que dos guardias mantenían abiertas. Salieron al vestíbulo y se dirigieron hacia la enfermería.

Cuando se cerraron las puertas, todos se retiraron lentamente, como si los guiara un impulso común, hacia el extremo más alejado del comedor, lejos de la salida, a la que solo se podía llegar atravesando las huellas del forastero. Quizá nos imaginábamos que sus fluidos podían poner en riesgo nuestras vidas. Para preservar un cierto sentido de unidad en el grupo y aliviar el incómodo silencio, todos observamos con atención a uno de los guardias, que se había puesto guantes y una bata, mientras limpiaba el suelo y, casi como si fuera una demostración, lo revisaba con el contador Geiger.

Uno de los tres niños, a los que rara vez se oye cuando estamos reunidos, se puso a llorar y no dejó que las manos de su madre se acercasen cuando esta estiró los brazos.

Nadie quiso probar la comida de los platos, quizá por miedo a un posible envenenamiento, pero también porque lo sucedido nos había quitado el hambre. Algunos se llevaron un bollo de pan a la mano y todos salimos al vestíbulo o al salón, donde nos quedamos en silencio o dando vueltas de un lado a otro junto a la ventana. Cogí una silla para Maria y me senté en el apoyabrazos. Sentí su hombro junto a mí y ninguno dijo nada.

Después, el médico entró en el salón y nos explicó que estaban explorando al forastero y que habían quemado su ropa para protegerlo de las fuentes de radiación directas. Ante todo, su debilidad se debía a que llevaba más de una semana sin comer, pero seguía siendo pronto para emitir diagnóstico alguno. Podía estar mortalmente afectado por la radiación, aunque ahora mismo parecía sano.

En el preciso momento en que el médico se disponía a salir de la sala, alguien hizo la pregunta.

—Doctor, ¿cuántos de esos enfermos pueden llegar a Termush?

No alcancé a ver quién fue ni en qué grupo estaba. Vi que el médico se detenía antes de llegar a la puerta.

Las distintas capas de la pregunta se desplegaron en nuestro interior. La lástima por el herido, el cálculo de nuestras posibilidades de supervivencia; pero después, con una fuerza mayor, el miedo primitivo a que Termush se convirtiera en un refugio para los enfermos.

—Este hombre nos ha dicho que es el único superviviente del pueblo que tenía fuerzas para llegar a Termush —respondió el médico.

—Entonces se sabe que este lugar… —replicó otra voz.

—Creo que lo mejor que podemos hacer es ayudar a los heridos —interrumpió el doctor. Se dio la vuelta, salió rápidamente de la habitación y los huéspedes se dispersaron.

Percibí los detalles de la decoración del salón con una extraña intensidad: sillas de cuero que empiezan a decolorarse, litografías de castillos antiguos y paisajes montañosos tras relucientes cristales protectores, la recargada ornamentación de los techos y el papel pintado rojo oscuro de las paredes, que engaña a la vista para que parezca tapiz. Las pequeñas alfombras debajo de las mesitas de fumadores y las grandes mesas para juegos de naipes y debates.

Cuando subí con Maria, me fijé en el mosaico del suelo del vestíbulo, cómo lo claro y lo oscuro forman dos planos, el surco de la barandilla pasa bajo la mano como un pequeño abismo y la gruesa alfombra que cubre los escalones emite un ruido sordo bajo las suelas de los zapatos. En el pasillo me sorprendió la enervante cantidad de puertas idénticas, los enormes jarrones que bostezan sin plantas y las alfombras azules jaspeadas que parecen elevarse inclinadas a lo largo de la amplia galería. También aquí hay cuadros en las paredes, pero con otros motivos: fotografías de hoteles con vistas al mar, en distintos países y con distintos paisajes, que solo tienen en común los grandes y oscuros edificios, algo anticuados, y los inmensos jardines que dan al océano Atlántico.

9

Ayer, la Dirección volvió a utilizar el sistema de megafonía para transmitir las comunicaciones radiofónicas con los exploradores. Es evidente que la Dirección quiere evitar las preguntas que surgen cuando convocan una reunión.

Habían llegado a la primera ciudad grande. Solo encontraron supervivientes en los suburbios. La mayoría estaban tan afectados por las quemaduras o por la radiación que no les dieron tratamiento. Las tropas de auxilio constaban de una docena de hombres, pero muchos estaban heridos. Había gran escasez de medicinas y analgésicos.

Los exploradores habían renunciado a seguir la ruta prevista. La intensidad de la radiación era tal que parecía imposible que hubiese supervivientes. Se quedarían un par de días en la ciudad para seguir ayudando y luego seguirían la irregular frontera de las zonas radiactivas.

El grupo le había pedido a la Dirección que saludase de su parte a los habitantes de Termush.

El forastero que irrumpió ayer en el hotel fue, por así decirlo, el centro de atención después de la cena. Se había recuperado tanto que comió en la mesa y respondió a todas las preguntas, sosegado pero dispuesto. Mientras comíamos, se puso en pie de pronto y dio las gracias a los huéspedes y a la Dirección, que habían hecho posible su supervivencia. Ya fuese por la emoción o por la extenuación, se tambaleó al sentarse y tuvo que escupir un poco de comida en su plato. Pero ninguno de los huéspedes se lo tomó a mal; había expresado su gratitud por seguir vivo. Los que estaban más cerca le echaron una mano y uno de los camareros limpió los restos sin ponerse guantes. Él asintió en todas direcciones y sonrió e incluso tomó postre.

En el salón, mientras tomábamos el café y la Dirección servía coñac a la salud de nuestro invitado, este contestó preguntas. Se las hicieron desde todos los rincones, precipitadamente, una encima de otra, hasta que el hombre que antes había brindado en nombre de la Dirección se atribuyó el papel de presidente.

El forastero, a quien el médico había prohibido tomar coñac o café, conservó su sonrisa cansada mientras los huéspedes le preguntaban qué había pensado mientras iba de camino a Termush, si estaba inquieto por cómo lo recibirían y si le había sorprendido el buen estado del hotel.

Respondió brevemente y con un hilo de voz que no había pensado en Termush mientras escapaba, solo tenía el pálpito de que debía seguir una dirección. No pensó en cómo sería recibido porque cualquier tipo de recibimiento sería mejor que el lugar del que venía. Solo ahora que se había recuperado podía entender lo bueno que había sido dicho recibimiento y el buen estado en que se encontraba el hotel.

Cuando se volvió a sentar un momento en la silla, agotado, el médico se levantó y le ordenó que se fuera a la cama, pero el presidente le puso la mano en el brazo al doctor y dijo:

—Un momento, doctor. Veamos si alguien más desea hacerle alguna pregunta a nuestro invitado. —Luego se levantó y concluyó—: Parece que no, así que le haré yo la última. ¿Opina nuestro invitado que Termush es conocido como centro de supervivencia y que en los pueblos y ciudades cercanas han oído hablar de este lugar?

El enfermo asintió.

—Creo que todo el mundo lo conoce —respondió tranquilo.

—Esto ha sido todo —dijo el presidente extendiendo las manos—, así que solo queda darle la bienvenida a nuestro invitado. Nos alegra ponernos a su disposición.

—Gracias, gracias —dijo el forastero e intentó levantarse de la silla.

El médico apartó del brazo del enfermo las manos del presidente y salió del salón con su paciente.

Hubo un breve instante de silencio hasta que unos huéspedes, casi por casualidad, se agruparon en torno al presidente. Hicieron un par de observaciones entre susurros. El presidente cruzó un asentimiento con un hombre fuerte y moreno mientras las otras voces se expresaban. Poco después, levantó la cabeza y dijo en voz alta: «Mejor subimos a mi habitación».

Más o menos la mitad de los huéspedes que estaban en el salón aceptaron la invitación. Los demás se quedaron sentados o de pie junto a la pared tal como habían hecho durante el interrogatorio. Yo permanecí inmóvil sin llegar a ninguna conclusión. Me limité a tocarle el hombro a Maria a modo de buenas noches y subí a mi habitación.

Esperábamos encontrarnos un mundo aniquilado. De eso nos queríamos proteger cuando nos inscribimos en Termush.

Nadie había pensado en protegerse de los supervivientes y de sus pretensiones. Pagamos para seguir vivos, igual que se pagaban los seguros de salud: compramos un producto llamado «supervivencia» y, según todos los contratos existentes, nadie podía arrebatárnoslo ni exigírnoslo.

Y de pronto aparecen forasteros que pretenden formar parte de nuestro refugio. No queremos ponernos cínicos, pero Termush dejará de funcionar en el momento en que abra las puertas como si fuera un hospital. Estamos a favor de que se compartan el agua y las medicinas y los víveres necesarios con unos pocos forasteros, pero hemos de regularlo, aprobar un reglamento. Pueden pernoctar en los refugios una decena de heridos a condición de que desalojen los espacios de protección cuando los huéspedes tengan que hacer uso de ellos.

Debemos ser previsores ahora, el primer huésped no va a ser el último.

El sentimentalismo y la inseguridad no van a ayudar a los forasteros, tan solo impedirán que los habitantes de Termush sobrevivan.

Después del almuerzo, el presidente y dos de los suyos estuvieron paseándose con papeles recogiendo firmas. Fueron mesa por mesa usando argumentos orales o escritos, dependiendo del temperamento de la víctima. Querían manifestarle a la Dirección las opiniones de los huéspedes.

Muchos estábamos en contra, pero nos pilló desprevenidos.

Cuando hicieron recuento, resultó que más de la mitad de los habitantes de Termush había firmado.

Nos interrumpió un ruido repentino procedente del vestíbulo. Cuando se abrieron las puertas, vimos a dos guardias con los trajes blancos que, por razones de seguridad, tienen que quitarse antes de entrar en el edificio. Entre los dos llevaban a una anciana que se quejaba en voz alta y no paraba de levantar la cabeza y dejarla caer. Tras ella iba una pareja joven. La mujer llevaba a un niño medio erguido en brazos y el hombre iba detrás de ella con la mano en su hombro y mirando hacia el suelo.

Ninguno pudimos evitar esa desgarradora imagen. De pronto, estas

personas se alzaban frente a la cínica resolución del presidente sobre rechazar a los forasteros. Los guardias entraron en la enfermería con los cuatro heridos. Oímos durante largo rato los quejidos de la anciana y el débil llanto del niño.

Por la tarde fui a buscar al médico que ha estado tratando a los forasteros. Había terminado la exploración, pero pensaba que la anciana no sobreviviría más allá de esa noche. El niño también tenía síntomas de radiación y gran parte de la piel quemada.

Le hablé de la recogida de firmas en el comedor. Había oído hablar de la lista, pero no pensaba que fuera posible conseguir tantas firmas. Se había imaginado que el presidente y su grupo formarían, según sus palabras, una minoría natural de oportunistas.

Respondí que era un juicio optimista por su parte. Se encogió de hombros y respondió con ironía que la democracia se erige sobre votos y que, por tanto, confiaba en ella.

—Sin duda, confío en la democracia —contesté—, pero creo que esta votación no puede considerarse democrática. Los votantes sabían muy poco acerca de las alternativas.

—Los votantes siempre están mal informados —replicó el médico.

—Es posible que tenga razón —acepté—. Pero la democracia se apoya en unos principios de libertad que a menudo son más importantes que las manifestaciones de libertad. Esta votación ha sido una simple manifestación, pero ha ido en contra de los principios. Ha limitado la libertad de los heridos, su libre acceso al auxilio. Por eso no quiero llamar a esta votación «democrática».

—Entiendo sus argumentos —dijo el médico—, pero dudo que vayan a servir de nada.

—Lo que me importaba era saber qué piensa usted —respondí—. A ojos de la Dirección, su opinión es relevante.

—Yo no me meto en las decisiones de la Dirección, aunque naturalmente daré mi opinión si me la piden. A sus ojos soy un empleado más, igual que los cocineros y los guardias, solo que con un sueldo muy alto.

Mi confianza en el médico no es ilimitada. Como todos los habitantes del hotel, está más concentrado en sus funciones: él está contratado como médico jefe. Y los demás estamos contratados como huéspedes y, por lo tanto, razonamos dentro de los límites establecidos para los huéspedes que han pagado su estancia. Así, cada uno cumple su papel para que el mundo sea como antes: tus obligaciones no exceden tus derechos.

Yo estoy en contra. No me cabe duda de que otros huéspedes del hotel también lo están. Hasta ahora solo el presidente ha pasado a la

acción, pero el camino entre sus argumentos y sus actos es corto y sin obstáculos en forma de reflexión o duda. Confío en que el médico y yo estaremos de acuerdo cuando se trate de algo más que una caduca discusión académica entre dos puntos de vista en una sala.

11

La Dirección nos ha contestado.

Asegura que bajo ningún concepto recurrirá al depósito de alimentos reservado para los huéspedes. Entiende perfectamente cómo se sienten estos con respecto a los heridos. Es normal que deseen ayudarlos, pero también lo es que no quieran que el hotel termine desbordado de forasteros. La Dirección cree que todos podemos estar de acuerdo en recibir a un número razonable de necesitados siempre que no se intervengan las propiedades legales de los huéspedes. Entiende que las horrorosas imágenes de heridos y de gente en peligro deben de ser una carga y se han tomado medidas para evitarlas. Uno de los guardias tiene órdenes de inspeccionar regularmente las inmediaciones del hotel, los alrededores del jardín y la rampa de subida. Si en el futuro apareciesen más forasteros que necesitasen ayuda, se utilizaría como acceso una de las puertas laterales.

En el salón, tomé la palabra contra la resolución de ayer. Maria y otros huéspedes apoyaron mi intervención.

El presidente se levantó de un brinco y usó sus aptitudes retóricas para señalar mi falta de sentido de la realidad.

—Nadie quiere ayudar más que yo —dijo—. Pero también hay que tomarse en serio el peligro de desbarrar. Hace unos días nos enteramos de que el grupo de exploradores se ha establecido en una ciudad extraña para ayudar a desescombrar. Eso también me parece un peligro. Hemos depositado toda nuestra confianza en estos exploradores. ¿Qué va a ser de nosotros si no están exclusivamente a nuestro servicio? ¿Cómo vamos a mantener nuestras posibilidades de sobrevivir?

Hubo un instante de inquietud en los asientos de la Dirección. Los hombres se inclinaron unos hacia otros, se hicieron señas con las manos o negaron con la cabeza.

Entonces uno de ellos, designado por los demás, se puso en pie para hablar.

—Según las últimas comunicaciones, los exploradores siguen alojados en esa peligrosa ciudad, pero han recibido una información que les puede dar pistas acerca de otros supervivientes en lugares donde tanto la destrucción directa como los efectos de la lluvia radiactiva son tan leves que es posible establecerse en ellos. La Dirección entiende que los huéspedes estén impacientes, pero apela a su confianza en la cooperación de los exploradores, y en la propia

Dirección.

Nadie pidió la palabra tras esa respuesta. Parece ser que la total desconsideración del presidente deja mudos a sus oponentes, pero su poderosa torpeza, que oscila entre la astucia y la estupidez, atrae a sus seguidores a cerrar filas en torno a él.

Conjuro en mi mente una satisfactoria imagen del presidente como un rudo auriga romano, de pie en su carro con la espalda hacia atrás, las riendas de varios caballos en la mano izquierda y el látigo en la derecha, preocupado exclusivamente por derribar a los demás carros.

Poco después de que entrásemos a almorzar, la Dirección nos invitó a dar una vuelta en yate al día siguiente, si el tiempo lo permitía.

Se produjo un breve murmullo de sorpresa o agradecimiento, como en el aula de un colegio. Todo el mundo asintió y sonrió mirando hacia la mesa de la Dirección, tras lo cual el camarero anunció los platos que componían el almuerzo.

En la parte inferior del salón, frente a la puerta de la cocina, había una mesa más pequeña preparada para los tres forasteros. El primero que había llegado y la joven pareja podían comer. El joven entró en el salón detrás de la mujer con la mano en su hombro, igual que ayer. Se sentaron los tres en silencio y les sirvieron una comida que era claramente distinta a la nuestra. Las nuevas reglas ya habían entrado en vigor.

Debido a los acontecimientos de los últimos días, apenas me he sentido un individuo independiente. No me he quedado en mi habitación, no he tenido la necesidad de determinar dónde está la frontera entre el hotel y yo.

Después de almorzar, me sentí completamente extenuado. Dormí unas horas en mi cama y me levanté cuando Maria entró con té para los dos. Estuvimos hablando de lo que había sucedido. Opina que la oposición al presidente crecerá en los días venideros.

Ella bajó al comedor, pero yo pedí que me subieran la cena. En la penumbra, las amapolas de Monet relucían arrogantes en su prado.

Desde donde estoy, el espejo refleja una parte del plato y mi mano izquierda, abierta encima de la servilleta. Me ha sobrevenido un repentino ataque de frío. ¿Se debe a mis dudas y mis reparos por la deriva que está tomando Termush o es simple cansancio? Afuera ha empezado a levantarse el viento, un ruido seco constante procedente de la playa bajo el jardín y de los lejanos árboles. No habrá excursión en yate, pero la Dirección ha demostrado sus buenas intenciones.

Si arrecia el viento, no es improbable que los intensímetros activen la alarma. No sé cuán peligroso es el polvo ni cuánto entra en el hotel.

Escucho la música de la megafonía y la voz que, pese a su anonimato, se dirige a mí más directamente que los que han hablado en el salón. Es como si esta voz fuese solo suya, como si no se refiriera a nada fuera de sí misma, al contrario que todas las demás voces de Termush. Anoche oí una débil tos reprimida entre los anuncios. Me la tomé como una señal de que la voz se aloja realmente en el hotel: en una grabación habrían cortado ese tipo de irregularidades.

Durante la cena reina un silencio absoluto en los pasillos. He apagado el altavoz y he abierto la puerta, pero no oigo sino los lejanos ruidos del comedor. De repente me encuentro en la pausa entre dos respiraciones, en el instante que se tarda en poner una mano contra la otra, en el segundo en el cual el corazón ha latido y está tensándose para volver a latir. Espero sin tener nada que esperar. ¿Estoy a bordo de un barco en el mar, dentro de una casa en un jardín, de una ciudad en un país? ¿No ha cambiado nada? ¿Todo puede cercenarse como un sueño se cercena de la conciencia por la mañana?

Me doy la vuelta y entro en mi habitación para esperar a Maria.

12

De madrugada se activó la alarma.

No estaba lloviendo, pero el viento trajo polvo del campo adyacente, que no estaba limpio, y se excedió el límite establecido. El ruido constante, casi corporal, de la alarma no llevaba mucho tiempo sonando cuando se abrieron las puertas y los huéspedes, con los abrigos por encima de los pijamas o vestidos a medias con los zapatos en la mano, empezaron a abrirse paso hacia la escalera.

Es más ese desgarrador ruido que el aviso en sí lo que desata la primera oleada de pánico. Quizá también se deba a que suene de noche: despertarte bruscamente te hace sentir desprotegido y es muy sencillo que se te llene la mente de imágenes terroríficas.

Pero no hay motivos para que se forme un alboroto cada vez que se activa la alarma. El límite máximo de intensidad de radiación es un punto elegido al azar. Una radiación menor que la permitida por los intensímetros provocaría a largo plazo mayores daños que más radiación durante menos tiempo. En el hotel se hacen lecturas de los medidores regularmente y la Dirección insiste en que estamos a salvo, pero ¿quién decide los matices de la balanza, todas las pequeñas unidades que se acumulan en el cuerpo? No hay que dejarse llevar por la alarma, no es ella quien señala la catástrofe.

No he hecho estas consideraciones para mostrar mi oposición a la Dirección, que hace todo lo posible por tranquilizarnos con el sistema de alarma y los guardias. Se sirven de nuestra necesidad de sistemas infalibles: aquí hay agua, hay terrenos, nadie se equivoca. Hasta esta barrera no existe ningún peligro; al otro lado de la frontera espera una muerte segura. Por eso aúlla la alarma y por eso los huéspedes salen huyendo de la habitación con la ropa ondeando. La ilusión de una seguridad completa mientras no se alcance el límite desata un pánico absoluto cuando este se traspasa. Es más sencillo elegir estas finas líneas que la inseguridad incesante, el cambio tan pequeño que nunca es catastrófico en sí, pero que puede contribuir a la catástrofe.

La organización en los refugios estuvo marcada por la confusión y el cansancio. Montaron camas plegables y todo el mundo se tumbó medio vestido para dormir un poco hasta que amaneciese. A mí incluso me pareció que estuve sin dormir el resto de la noche, pero por la mañana debí de dormirme, ya que me desperté con una sensación de pesadez y malestar corporal al oír el ruido de las camas plegándose.

Dieron el toque de cese de alarma y subimos las escaleras

lentamente.

Creo que la estancia en los refugios nos consume más que cualquier otra cosa. Veo desconcierto y desesperanza en los rostros expectantes a mi alrededor, como si estas horas amenazasen con cambiar para siempre nuestras expresiones faciales. Lo que parece un retrato inalterable cuando no vivimos bajo tierra queda destruido en un instante al bajar las escaleras.

La vida en las habitaciones puede confundirse con la predecible y protegida vida anterior a la catástrofe. La vida en las habitaciones se basa precisamente en esta confusión.

Sería perfecto si la institución Termush hubiera construido un nuevo mundo bajo la tierra inservible. En lugar de refugios podrían haber hecho casas y calles, árboles y parques. Las lámparas de infrarrojos procurarían calor, se bombearía aire por los filtros y agua a través de depuradoras. Todo el mundo tendría su casa. La cena se serviría en un restaurante iluminado más grande; el almuerzo, en un jardín con mesitas y puentes de estilo rococó sobre un sistema interno de aprovisionamiento de agua.

El camarero entraría cada mañana por la puerta del jardín con café, los comunicados de la Dirección se enviarían a través de un periódico local. La siguiente generación no sabría que el mundo fue distinto.

No, se tendría que evitar que hubiese una siguiente generación mediante la esterilización. El sistema funcionaría solo hasta que se agotasen la mano de obra asalariada y las latas de conservas enterradas, ambos restos del inservible viejo mundo. La siguiente generación no entraría en esos cálculos.

Sobre los forasteros, los heridos y los exploradores traidores podemos debatir y tomar decisiones. Penetran en nuestra conciencia, pero no la transforman. Celebramos reuniones como siempre se ha hecho en los círculos políticos y los clubes de debate. Sopesamos los pros y los contras y llegamos a una conclusión. Es como un juego bastante primitivo.

En los refugios, sin embargo, no podemos asumir ningún papel. Allí es como si fuéramos refugiados. Cuando cesa la alarma y nos arrastramos escaleras arriba, nuestros niveles de hemoglobina están por los suelos. No levantamos la cabeza hasta que no estamos de vuelta en las habitaciones.

Sabía que Maria estaba sentada esperando a que yo fuese a verla. Pero no tuve fuerzas para levantarme de la cama. Sentí un anillo de dolor entre el cuello y los hombros cuando, de mala gana, me levanté

para bajar a cenar.

13

La Dirección nos ha comunicado que un huésped se ha escapado de Termush.

Ayer circuló un rumor al que no presté atención. Nadie conocía al desertor ni sabía cómo se había producido la fuga. Atribuí la historia a la falsa euforia de haber salido de los refugios, a la nerviosa actividad que cristaliza en anécdotas exageradas. El rumor se propagó con un extraño entusiasmo. Era más una noticia estimulante que un suceso trágico.

El fugitivo es el hombre con el que hablé aquella noche en los refugios. Hasta ahora no me había dado cuenta de que no vi su rostro cuando nos sentamos por la mañana temprano en las sillas y los bancos.

Se fugó poco después de que se activase la alarma. Había estado almacenando víveres los últimos días, tenía claro que no iba a volver a bajar al refugio.

En una carta de despedida cuenta detalladamente que lleva puesto un abrigo y un par de botas robustas para protegerse el cuerpo. Cree que tiene comida suficiente para ocho o diez días. No sé si ha escrito la carta para tranquilizar a los huéspedes de Termush o para convencerse de que la fuga tendrá éxito.

Puede que dijera más cosas en la carta, quizá algo sobre las condiciones de vida en Termush, pero la Dirección no ha considerado oportuno transmitírnoslas. Según el resumen, él mismo se refería a su miedo como claustrofobia, pero estoy convencido de que usó esa palabra con un significado mucho más amplio del que solemos interpretar.

Sin decirlo abiertamente, quizá incluso sin ser consciente de ello, se ha rebelado contra este enclave, contra este recinto separado del mundo. No ha querido o no ha podido reanudar el juego interrumpido como si nada hubiera pasado. Se ha sentido atrapado por las restricciones, la rutina, las riñas en las reuniones y el miedo no reconocido que asoma la cabeza durante nuestras estancias en los refugios y que camuflamos como si fuera algo de lo que avergonzarse.

Este es el significado de la palabra «claustrofobia» que se aplica a sí mismo. O más bien es a lo que ha reaccionado su cuerpo.

La anciana que llegó al hotel hace unos días murió anoche. El estado del niño ha empeorado, es difícil parar las infecciones y su sangre ha perdido la capacidad de coagulación. Ni el médico ni las

enfermeras se comunican con los padres. El hombre se ha quedado ciego por una explosión y ni él ni la mujer muestran interés cuando alguien intenta hablar con ellos: se mantienen aislados, en un letargo apático e intimidado.

Sin que se les comunicara a los huéspedes, han entrado nuevos heridos en Termush. Uno murió poco después a causa de las heridas, pero el médico cree que los otros dos sobrevivirán.

Los forasteros se alojan en la enfermería, y no recibimos información acerca de su estado. Los tres sanos ya no se dejan ver por el comedor, su mesa ha desaparecido, pero la Dirección no nos ha dado explicación alguna.

Deambulé por el vestíbulo y el jardín, por los caminos que bordean el edificio, con el fin de encontrarme con el médico u oír a los forasteros de la enfermería. No conseguí ninguna de las dos cosas, pero me fui mareando cada vez más a medida que caminaba. Fue poco antes de que el sol se pusiera y me estaba congelando por la humedad del mar. No vi a nadie en el jardín ni en el vestíbulo, pero no quise subir a la habitación.

Cuando me di la vuelta tras intentar mirar por el deslustrado cristal de la enfermería, el presidente estaba detrás de mí. Me miró fijamente con su rostro inexpresivo. No fui capaz de darle ninguna explicación, ni pude explicarme a mí mismo por qué me sentía paralizado.

14

Siempre me he interesado por mi entorno, pero prefiero sacar mis propias conclusiones en paz. Me parece esencial el derecho de cada persona a observar y a formarse una idea sin necesidad de intervenir. Involucrarse puede obstaculizar la libre observación: quedas expuesto a prejuicios, dejas de estar abierto a todos los puntos de vista.

Mi trabajo en la universidad me enseñó a preferir este método. Es en sí una base científica para la observación y, por tanto, fácil de utilizar como modelo para el resto de la vida. Ante todo, quería evitar caer en simplificaciones, y cualquier acción parecía ser justo eso.

Estos últimos días he sentido que los cimientos de mis ideas se tambaleaban. Para mi sorpresa, de pronto quiero intervenir: no observar los acontecimientos, sino intentar cambiar su curso. Quiero ir a buscar al médico, quiero fundar un consejo, una asamblea amateur que pueda adoptar una postura común ante lo que está sucediendo. No quiero que el presidente sea el único que toma la iniciativa en Termush.

Estoy en mi mesa escribiendo estas notas. La tensión me agota y me mareo ligeramente por un instante. Mis ideas acerca de cómo obrar afectan a mi cuerpo como una fuerte corriente de aire o un cambio brusco de presión. Sé que ya no soy joven y que mi falta de voluntad se manifiesta en la debilidad de mis músculos.

He sacado la pequeña radio a pilas.

Tumbado en la cama con esa estrecha caja luminosa en la mano me siento animado, casi rebelde.

Esa sensación me distrae un rato, pero no quiero que me impida pensar en lo que está pasando en Termush.

De repente, el rostro de Maria se confunde con la imagen. La veo reírse, aunque no recuerdo haberla visto nunca así. Se ríe y gira la cabeza y camina con sus esbeltas piernas por la orilla del mar de espaldas a mí. Su abrigo ondea ligeramente al viento y ella lleva algo en la mano mientras se aleja cada vez más de donde estoy. El sol centellea en la superficie del mar y la luz transforma su perfil como un ácido inestable, amenazando con borrarlo por completo. Pero ella atraviesa la explanada de luz y avanza por la playa, una silueta pequeña y delgada, tan lejana que ya no puedo distinguir el color de su cabello ni ver si de pronto se gira hacia mí. Y entonces la playa se curva.

Quiero evocar sus rasgos cuando se pierde de vista, pero se

desvanecen y se difuminan y no soy capaz de enfocarlos. El rostro no tiene la misma expresión de antes. Ya no se ríe ni le brillan los ojos. Sus gestos han muerto.

En la cama, enciendo la radio y giro lentamente el dial. El débil y regular susurro se condensa en un par de puntos de la escala, pero no hay rastro de ninguna emisora. Me quedo tumbado un buen rato escuchando el insustancial susurro, cambio la frecuencia, muevo el dial y vuelvo a escuchar. Es como contemplar una enorme casa conocida que ha sido evacuada y está vacía. Reconozco los bastidores, los portones y las puertas, la sencilla ornamentación de las paredes, las bajantes y los canalones. Pero no hay cristales en las ventanas y tras ellas bosteza un espacio vacío. Las puertas están abiertas, pero no hay nada en las habitaciones, y los suelos y los muros han sido derribados. La fachada resiste como un papel fino, pero no quedan muebles en el interior ni plantas en las espalderas.

Tras apagar la radio, fui al cuarto de Maria.

Había comprado una botella de vino que compartimos en su habitación después de cenar.

Le conté que hacía un rato ella había caminado por la orilla del mar de espaldas a mí, pero me había sentido muy feliz observándola, como si en realidad se estuviese acercando.

Me miró y sonrió levemente. No estaba sorprendida.

Me acerqué a ella y le puse la mano en el cuello. Ella no se movió ni desvió la mirada.

Es como si lo hubiese sabido desde mucho antes que yo.

15

Esta mañana la Dirección nos ha invitado a dar un paseo en barco. Apenas soplaba viento y no parecía que fuera a levantarse. Debíamos zarpar inmediatamente después del desayuno; nos pidieron que bajáramos por las escaleras que iban desde el mirador a la playa. Los guardias habían lavado y limpiado las rocas y cortado los cactus y arbustos más cercanos.

Me levanté de la mesa y entré en la enfermería para hablar con el médico. Un par de enfermeras y un guardia correteaban de un lado a otro con instrumentos y sábanas. Nadie me supo decir adónde había ido el médico.

Cuando ya estaba en el vestíbulo, bajó por las escaleras.

—Estoy ocupado —dijo de inmediato.

—¿Está a favor del paseo en barco que ha organizado la Dirección? —pregunté—. ¿O es una forma de acallar las críticas de los huéspedes? En el mar estaremos desprotegidos si nos metemos en una zona de baja presión.

—Estoy a favor del paseo en barco —contestó mirándome fijamente—. Que quede claro, estoy totalmente a favor de esta iniciativa de la Dirección.

Se quedó quieto un instante y me puso la mano en el brazo.

Me aparté para que pudiera pasar y entró en la enfermería.

Le conté la conversación a Maria, que asintió lentamente. Pensaba que la reacción del médico era una garantía de que no había peligro. Accedí a mantener la calma, como lo expresó ella, y a ir con ella en el barco.

Poco antes de la salida, uno de los guardias fue por los pasillos llamando a gritos a los últimos huéspedes. Le pregunté si muchos se habían quedado. Me respondió que todo aquel que no estuviera enfermo tenía que subir al barco.

—Lo está expresando usted como si no fuera una actividad voluntaria —dije.

—Por supuesto que es voluntaria —contestó.

La luz del sol bañaba el jardín.

Nuestras piernas ya no están acostumbradas a moverse por grandes superficies. Bajar por los caminos de césped nos resultó difícil no porque el terreno fuera desigual, sino porque tenemos los ojos acostumbrados a encontrarse por doquier con paredes, escaleras,

descansillos y puertas, y la vista percibe como abismos las extrañas distancias abiertas.

Los cactus eran como estatuas de espejos engarzados, los árboles y los arbustos estaban más lejos que nunca, al final de los extensos jardines. Solo las rocas parecían las de antes, desnudas de vegetación, pero con formas reconocibles.

La primera vez que bajamos al mirador le ofrecí mi brazo a Maria. Ahora era yo quien buscaba su apoyo porque estaba un poco mareado. No lo mencioné para no preocuparla ni reforzar mi propio malestar. Con el brazo derecho percibía su tranquilo equilibrio y no tuve que forzar la vista para seguir los giros del sendero.

En el punto más alejado del jardín, debajo del mirador, se encuentra la colección de figuras de piedra del hotel. Las escaleras y el estrecho sendero discurren entre ellas; el camino está diseñado para que los huéspedes pasen por delante de cada una de las esculturas.

En el folleto, la Dirección había calificado esta colección como «el orgullo del hotel». Pero los guardias no las habían limpiado hasta hace unos pocos días. Lo pregonaron por megafonía con un entusiasmo evidente.

Si por impresionante entendemos desmesurado, estas esculturas eran impresionantes. Enormes tigres y leones de piedra tumbados en el suelo con las patas encogidas bajo sus cuerpos para seguir la forma de la piedra. Eran figuras extrañas, grandes bloques sin matices que parecían hechos para evocar más bien la sensación de peso y masa que la fuerza de músculos y tendones. Tenían las cabezas levantadas y miraban con sus grandes ojos arqueados hacia el mar o hacia el hotel.

En este jardín destrozado y pisoteado, estos seres de piedra son los únicos supervivientes. El guardia que nos acompañaba caminaba despacio para que tuviéramos tiempo de deleitarnos con ellos. Incluso se apartaba ligeramente, como si temiera tapar la imagen de los animales.

La vuelta en yate duró tres horas.

Estuvimos apiñados en dos pequeñas salas y en la cubierta. Los huéspedes comentaban cada movimiento, la colocación de las sillas, la ronda de vino blanco.

Solo se notaba que estábamos en el mar por el lento oleaje que elevaba y hundía el yate. Tras las compactas hileras de personas, la superficie marítima no parecía sino una ilustración, una prueba de que estábamos dando una vuelta en barco. Aunque era la primera vez que salíamos de Termush, íbamos sentados en silencio, ensimismados. Todos tuvimos la sensación de que este viaje era igual que una visita a los refugios. La invitación de la Dirección y el vino blanco que sirvieron no lograron curarnos la parálisis. Nos quedamos sentados

unos enfrente de otros, junto a otros, contra otros, tratando de no cruzar la mirada con nadie ni responder al tacto de otra persona. Nos encerramos en nosotros mismos, protegidos por nuestro silencio tanto como por la ropa que llevábamos puesta.

Durante toda la travesía tuvimos a la vista el alto litoral montañoso. Termush quedó visible largo rato, un punto blanco reluciente rodeado de jardines, pero fue desvaneciéndose a medida que se alzaba el sol. Pasamos por un oscuro bloque cuadrado que surgía del agua en forma de islote. De repente el aire se enfrió, aunque sigo sin saber si se debió a la amplia sombra que proyectaba la piedra o a mi propia sensación al ver el islote. En ese momento estaba en la cubierta, pero bajé mientras el barco daba la vuelta para volver a la costa.

Uno de los niños, que había estado callado y en ningún momento había mostrado interés por subir a cubierta, se puso a llorar durante el regreso. Sollozaba tranquilo pero sin parar, tapándose el rostro con las manos. Tenía la cabeza en el regazo de la madre, que le puso la mano en la espalda sin moverla.

Cuando el barco hubo atracado, nos levantamos lentamente. Nadie tenía prisa por ir al hotel a almorzar.

Pasamos entre las figuras de piedra, por el mirador, y atravesamos el jardín hasta llegar a la escalera principal. No quise apoyarme en Maria, pero caminé cerca de ella y le rocé la mano a intervalos.

Cuando estaba en mi habitación después de almorzar, sentí un fuerte dolor en el corazón. No sabía si se debía a la fatiga por el paseo de vuelta desde la playa o a la preocupación por lo que está sucediendo en Termush. La situación es imposible de definir, y quizá mi necesidad de identificar amigos y enemigos me impide ver las cosas con claridad.

Me quedé en mi habitación por la tarde y también por la noche.

Maria va y viene casi sin que yo lo note.

Ayer, mientras estábamos ausentes de Termush, llegaron al hotel más de veinte heridos.

La Dirección había trazado un plan para un día en que el buen tiempo posibilitara que los huéspedes estuvieran fuera del edificio.

En una reunión, la Dirección expuso los acontecimientos.

Por consideración hacia los huéspedes, nos querían dispensar de tener que ver a los heridos y mutilados. Se había hecho todo lo posible para no coartar nuestra libertad ni reducir nuestras legítimas propiedades. Solo había sido necesario convertir la biblioteca en sala de estar para los forasteros, pero iban a recolocar las estanterías de libros y revistas en el salón durante unos días. En los refugios se había perdido mucho espacio, pero eso solo suponía que, en caso de alarma, los niños deberían alojarse en el sector femenino, donde aún quedaba sitio. La Dirección concluyó recordando que las comidas de los forasteros siempre se elaboraban con productos no pertenecientes a los huéspedes.

Después del discurso se extendió por el salón una sorda parálisis. Ni el presidente ni sus adeptos más cercanos se pronunciaron ante lo que se había dicho. Como demostración de su importancia o como signo de debilidad, el presidente se levantó y abandonó la reunión.

La Dirección hizo hincapié en que no se dejaría entrar a más heridos en Termush. Todos habían cedido hasta donde era posible, y la Dirección agradecía a los huéspedes su comprensión.

Empecé a poder interpretar las opiniones que se iban formando los huéspedes. No como puntos de vista definidos, sino como vagos impulsos y creencias efímeras. Estaban tranquilos pero inseguros, no sabían si confiar o desconfiar. Se levantaron y salieron del salón sin hablar demasiado.

Yo sentí un enorme alivio, una elación muda. Mis más molestos presentimientos e ideas se desvanecieron. Pero al mismo tiempo apareció la primera inquietud por esta situación. No me atrevía a confiar ni en la firmeza de la Dirección ni en las opiniones de los huéspedes.

El médico estaba de puntillas e inclinado hacia delante cuando me lo encontré en el vestíbulo, al lado de la escalera que baja a los refugios.

Vi en su mirada que se encontraba bien dentro de su nerviosismo.

Me quedé de pie con la espalda pegada a la pared al alcance de su

voz. No le hice ninguna pregunta ni lo animé a hablar.

—El médico adjunto y yo amenazamos con dimitir si se les prohibía a los heridos acceder a Termush —confesó al rato—. La Dirección nos hizo prometer que serían los últimos a los que acogeríamos. A cambio, el hotel nos apoyaría solidariamente ante los huéspedes. Esas eran las condiciones. Nos vimos obligados a aceptarlas.

—Tienen miedo —dije.

—Tienen miedo de que los huéspedes los lleven a juicio —contestó.

—¿Ante qué tribunal? —pregunté.

El médico me miró rápidamente.

—Ellos también tienen miedo de poner en peligro su supervivencia —dijo—. Cada herido representa un obstáculo en potencia.

—Pero, doctor —repliqué—, ¿qué quiere usted hacer con los heridos?

—Los enfermos son parte de mi oficio —respondió con calma.

Bajé solo al jardín poco antes de que se pusiera el sol. Nos habían permitido salir porque hacía buen tiempo.

De camino al mirador vi a Maria, que venía andando hacia mí. Se rio como si no esperase verme y estiró la mano hacia mí cuando yo todavía estaba bastante lejos. En la palma de la mano tenía un objeto oscuro.

Se quedó parada esperándome, con la mano extendida e inmóvil.

De pronto, de un arbusto que había detrás de ella salió un hombre con ropa clara que subió por el camino a la carrera. Antes de que Maria alcanzara a verlo, la empujó con tanta fuerza que cayó sobre las baldosas.

Me disponía a bajar corriendo hacia ellos cuando me di cuenta de que el hombre era uno de los guardias. Ya se había quitado los guantes y estaba agachado ayudándola a ponerse en pie.

—No puede tocarlos —dijo el guardia.

—¿Qué tenías en la mano? —le pregunté.

—Un pájaro, era un pájaro muerto —contestó.

—Está prohibido tocarlos —explicó el guardia—, sin duda están infectados. Tiene que ir a la enfermería a que la exploren.

Quise apoyar a Maria y subir al hotel, pero me fijé en el pájaro, al que había tirado a la corta hierba del lado del camino. Era marrón y bastante pequeño. Me giré hacia el guardia, que estaba poniéndose los guantes.

—¿Hay muchos? —pregunté.

—Todas las mañanas —admitió—, o al menos por las mañanas es cuando hay más.

Antes de que llegásemos al hotel, Maria se desmayó en mis brazos. Comprendí que el repentino ataque del guardia le había dado un buen susto.

En la enfermería le limpiaron las manos y analizaron su ropa. El médico adjunto tuvo cuidado, guardó silencio y le dio dos pastillas para los nervios.

Cuando salimos al vestíbulo, oí los quejidos de los heridos de la biblioteca. Sonaban prolongados y nítidos. Quizá se debiera en parte a que la sala se había vaciado de muebles y alfombras cuando se hizo hueco para las camas.

17

Por la noche algo despertó al hotel.

Un griterío constante, que parecía proceder de una fiesta desenfrenada, quedó interrumpido por unos golpes en las escaleras. Oí puertas que se abrían y huéspedes que salían corriendo al pasillo mientras volvían a oírse las mismas voces alegres.

Más tarde que mis vecinos, recuperé el equilibrio y reuní la fuerza suficiente para abrir la puerta.

En la alfombra del pasillo vi a uno de los huéspedes, un hombre en el que solo había reparado como testigo mudo con una sonrisa de cansancio. Iba en pijama y estaba parado allí de pie, meneando la cabeza en mitad de una avalancha de huéspedes de Termush.

En el momento en que salí por la puerta, casi se desplomó mientras reía y hablaba, y numerosos brazos evitaron que cayera sobre la alfombra. Entonces vi el cuerpo del ternero descuartizado que el huésped había subido a rastras por las escaleras.

Intentó llegar hasta el animal varias veces, pero los demás impidieron que lo tocara, como si entrañara un peligro en sí mismo. Miraban impacientes hacia la escalera, por donde apareció el médico adjunto poco después.

Los serviciales huéspedes soltaron al hombre demasiado pronto y este llegó hasta el ternero antes que el médico. Lo sujetaron cuatro brazos mientras lloraba a gritos y les daba cabezazos. El médico preparó la inyección sedante.

Tras ayudar al paciente a bajar las escaleras hacia la enfermería, los huéspedes regresaron a sus habitaciones. El ternero se quedó ahí tirado, lo vi claramente bajo el círculo de luces que proyectaba una lámpara. Las piernas estaban separadas del cuerpo decapitado, tenía el vientre abierto y la piel medio arrancada. Pero era de un color borroso, como una imitación de madera pintada y piel.

Aunque sabía que el animal estaba congelado, intenté encontrar rastros de sangre en el pasillo o en la escalera. La alfombra donde yacía su cuerpo estaba fría.

El hombre había enloquecido en la cocina: se había puesto a sacar botellas de vino y había vaciado o roto una decena. En el almacén de carne había arrancado los animales de los ganchos.

Nadie se había fijado en él antes de que arrastrase escaleras arriba el cuerpo del ternero y se desplomase sobre el pasillo en su pavoroso estado de embriaguez.

Se quedó tumbado en la enfermería. La Dirección anunció en el almuerzo que los daños habían sido mínimos y que se habían instalado cerrojos especiales en las puertas de la cocina.

A la pregunta de un huésped, la Dirección respondió que no se tomarían represalias contra el hombre que había enloquecido. La misión del hotel no era castigar, solo prevenir y tranquilizar.

En el transcurso de la tarde surgió una inexplicable inquietud entre los huéspedes.

Sin duda, tenía conexión con el episodio vandálico de la cocina. Muchos lo consideraron un inocente y alocado intento de escapar de los patrones fijos, una especie de vuelta a la rebelión de la juventud. Pero quienes más simpatizaban con esta acción también eran los que más confiaban en las medidas de seguridad tomadas por la Dirección. Se sentían exaltados por aquella proeza, pero al mismo tiempo deseaban evitarla.

La inquietud se manifestó en grupos que no paraban de salir del hotel y bajaban por los jardines hasta acercarse tanto al exterior que muchas veces los guardias tenían que intervenir y detenerlos. El mirador se llenó de huéspedes que se separaron en pequeños grupos y bajaron por las escaleras entre las figuras de piedra o hasta la playa, llevados por una curiosidad común por ver qué se ocultaba detrás de las dos rocas que marcaban los límites del recinto.

Por la tarde se activó la alarma.

Gran parte de los huéspedes se encontraba en el hotel, hacía más frío y el cielo estaba cubierto de nubes. Desde las ventanas del vestíbulo vi a los rezagados corriendo hacia el edificio, apiñados, ignorando el camino de baldosas aunque la blanda tierra les impedía avanzar más rápido.

Esperamos a que trasladasen a los heridos desde la biblioteca a los refugios. Muchos giraban la cabeza con distracción fingida o miedo real a lo que podían ver. Observé que algunos forasteros tenían heridas en la cara o vendajes en brazos y piernas. Pero la mayoría estaban simplemente exhaustos, con las pupilas dilatadísimas y los rostros demacrados. Ninguno se quejó ni gritó mientras se los llevaban. No sabría decir si era porque el movimiento de las camas resultaba relajante o por un respeto real hacia los huéspedes.

Nos instalamos en los refugios, cada uno en su sección y en su sitio. Caímos en el ya conocido letargo sin impulsos ni atisbos de reacción.

Pero no pude evitar preguntarme si esta vez la alarma había sido necesaria o si la había activado la Dirección a modo de terapia y sedante.

Ya desde primera hora de la tarde hacía viento. Subí a mi

habitación sin fuerzas para llamar a Maria o escuchar la música de la megafonía del hotel. Pero estuve tumbado un buen rato hasta que me quedé dormido.

18

Esta mañana intenté alargar el sueño para reparar una mala noche. Prescindí de bajar a desayunar y cerré las cortinas de la ventana. Pero seguía entre el sueño y la vigilia; por mi mente se arrastraban frases incompletas, los ruidos de las habitaciones contiguas y lo que percibían mis ojos tras los párpados cerrados.

En un momento en el que estaba durmiendo más profunda que superficialmente, entró Maria. Se acercó a abrir las cortinas y se sentó en mi cama antes de que me despertase.

Por el brillo nervioso de sus ojos y su pelo alborotado vi que estaba indignada.

Me incorporé en la cama, confundido por su rostro y con un leve sentimiento de culpa por haber dormido hasta tarde. Esperaba que me contara algo sobre la Dirección o el presidente. Para aclararme las ideas, fijé la mirada en un lejano punto al otro lado de la ventana, la copa de uno de los árboles grandes.

Pero Maria esperó a que la mirase a la cara. No se trataba de la Dirección ni del presidente, sino de ella.

Por la noche, su cerebro intentaba no pensar en la radiación. Allá donde se girase veía la imagen: la tenue luz gris que irradia del cielo, de las paredes, de la tierra y el suelo. La leve aureola del paisaje, el contorno de los árboles, los acantilados, la arena de la playa, las figuras de piedra, todo rodeado del fulgor acuoso que refleja las siluetas un poco por encima de las originales. Y veía a los habitantes del hotel vagando por el campo como en un cuadro antiguo.

Las siluetas están muy separadas entre sí, lejos del observador, todas de espaldas y vestidas con ropajes exagerados como si quisieran acentuar lo trágico de su existencia. Los árboles y los montes han encerrado como pólipos a estas personas, pero al mismo tiempo se han vuelto orgánicas, revestidas de piel o de pelaje. De todos los objetos emana esa luz que penetra en los ropajes y la piel y la carne de los huesos, las hojas de los árboles y el musgo de los montes, y que de repente señala la vulnerable médula interna de los humanos y de las plantas, el delicado cámbium, la cal, el hierro y la sangre.

Lo vivía como si esta radiación solo fuera visible para ella, como si por algún fallo fuera ella la única que podía percibir la contaminación de todas las cosas.

Había estado pensando en mi falta de confianza en la Dirección. Y veía por sí sola cómo exponían cada día a los huéspedes del hotel a la radiación invisible mientras la Dirección se abstenía de convocarlos a

los refugios para no sembrar el pánico. Esta mañana, antes de levantarse, un violento terror se había apoderado de ella.

Cuando terminó de hablar, no le contesté. No tenía modo de confirmar ni desmentir. Solo podía rechazar sus especulaciones acerca del engaño a los huéspedes por parte de la Dirección. Pero no podía rebatir las impresiones que las habían inspirado. Tras ellas había un entendimiento que solo se dejaba atrapar en imágenes lentas y alarmantes.

Bajamos al jardín y la tomé del brazo sin preguntarle si necesitaba apoyarse.

Quería decir algo para alejarla de esa turbadora visión. Me puse a hablar del pasado de Termush, ese pasado que se cernía como una red que atrapaba a sus habitantes.

Pensar en ello era como poner en movimiento cuadros antiguos de siluetas oscuras.

El coche real o los carruajes de la nobleza que pasan por la gravilla ante la escalera principal. Los criados que rodean la puerta con el tronco ligeramente inclinado o que se abren paso hacia las ruedas del carro a grandes zancadas. Las mujeres con vestidos anchos y amables sonrisas nerviosas. Los hombres como hojas de cuchillo con trajes oscuros. Por doquier las manos de los criados con guantes protectores blancos, multitud de manos entre los bolsos y el borde de las puertas y elevando después la ropa de los hombros de los huéspedes.

Los caballos que emanan sudor y orina, cocheros y peones que esperan para llevárselos. Pero aún queda una sombra en el carruaje, donde la luz del sol solo ilumina un cuadrado de felpa y las borlas de colores.

Los mandamases del hotel reciben a la comitiva expectantes en la escalera, flanqueándolos como cipreses. Los huéspedes asienten distraídos y las siluetas negras se rompen por la mitad durante un instante. Aparecen unas ruidosas golondrinas. Pero aún queda una sombra en el carruaje, la puerta medio abierta revela la felpa y las borlas de colores. Uno de los criados no se mueve de su lado.

Los delgados y perfumados huéspedes de ojos grandes han entrado en el edificio. El sol brilla con fuerza.

Entonces aparece corriendo torpemente desde un carro junto a los establos una mujer gorda y de tez morena. Avanza a duras penas con unos zapatos que resbalan por la gravilla. Cuando llega al carruaje real, abre la puerta por completo y el criado la sujeta con la blanca mano. La mujer sube al escalón, se inclina y su hinchado trasero llena el hueco de la puerta.

La nodriza saca del carro al niño, que va vestido de terciopelo azul oscuro con cuello de seda y lleva unos pequeños zapatos claros. Su

rostro brilla frenético, con los ojos sin párpados y la lengua fuera de una boca casi sin labios. Apenas tiene pelo en la coronilla y las orejas son dos cartílagos deformes. La nodriza sube las escaleras y entra por la puerta agarrando con fuerza la muñeca del niño.

El pequeño no emite ni un sonido, pero mira a su alrededor con los ojos en blanco mientras vacila por la gravilla y sube las escaleras.

Hasta entonces el coche no puede moverse ni los criados volver al edificio, cuya puerta principal ya está cerrada.

Maria se durmió cuando volvimos. No dijo nada mientras yo hablaba. Estaba pálida y su cuerpo cayó a plomo cuando se tumbó en mi cama.

Mientras ella dormía, yo di una vuelta por los pasillos y las galerías, subí las escaleras, atravesé el vestíbulo y lo vi todo más claro que antes. Cada detalle en los oscuros armarios tallados, los bancos de iglesia pegados a las paredes, los pesados adornos salientes en sillas y mesas, los pliegues a modo de tapiz en la parte superior de las estanterías.

El edificio se había quedado sin huéspedes, no había príncipes ni familias ricas con sus cabras domésticas u otras costosas extravagancias. Los huéspedes de mi época se encontraban en sus habitaciones, durmiendo o sentados con la cabeza apoyada en la mesa.

Cuando volví, vi que el espejo no reflejaba mi rostro con la misma abundancia de detalles con la que había percibido el interior del hotel. Pero Maria estaba despierta y de repente vi en el cristal sus ojos por encima de mi hombro.

19

El médico ha dado orden de que se aísle en los refugios a doce personas.

Los dosímetros no mostraban peligro alguno, pero los análisis de orina de esta mañana constataron un repentino aumento de sustancias radiactivas.

Se han revisado las listas del hotel para encontrar puntos en común entre los doce huéspedes. La ubicación de sus habitaciones, las compañías que frecuentaban a la hora de comer o cuando salían a dar una vuelta por el jardín.

Están analizando la comida. Se sospecha de un frutero que estaba en una de las salas de lavado antes de que lo llevasen a la mesa.

Cuando la Dirección ha leído en voz alta la lista con los nombres de los doce huéspedes, una curiosidad obscena se ha apoderado de los sanos. Delante de mí vi una sola nuca que se mantenía firme bajo el arreglado cabello, sin doblarse o girarse. Cuando nos levantamos comprendí que era una de las confinadas.

La tarde trajo consigo una agitada actividad.

El presidente movilizó a sus adeptos.

Los doce huéspedes hicieron la maleta y se dispusieron a bajar a los refugios, donde les habían preparado una habitación especial. Procedieron en silencio como si sus palabras pudieran contagiarnos a los demás o como si el aislamiento fuera un juicio contra ellos.

Hablamos de los enfermos con compasión. Pero, extrañamente, su enfermedad nos ha dado una alegría. Es como si también nos hubieran diagnosticado a los que no nos han mandado a los refugios: sanos, con posibilidades de supervivencia, no infectados. Nos hemos librado, no nos habíamos sentido tan vivos desde la catástrofe. En algún lugar de los refugios, debajo de nosotros, está la sección de los enfermos, el miembro amputado que garantiza la salud del resto del organismo.

Después de la cena, el presidente hizo un llamamiento a la Dirección para que tomase nuevas medidas. La bondad incondicional hacia los forasteros solo había conseguido que doce huéspedes quedaran contagiados. Se levantó ruidosamente, pero el médico lo interrumpió levantando el brazo y gritando que eso era mentira.

Durante ese momento de alboroto, la Dirección fue a buscar a sus dos testigos.

Una joven pareja cruzó el comedor pasando entre las mesas. Ella era de tez blanca y el oscuro cabello le caía delante de una mejilla. Él

iba detrás con la cabeza gacha.

Un miembro de la Dirección explicó que la joven se había distraído con su amigo, un guardia que había entrado desde el campo que hay al otro lado del jardín y había dejado su traje de protección en el lavadero. La chica había dejado el frutero cerca del traje y el peligroso polvo adherido a la ropa había contaminado las frutas.

—Un trágico accidente —sentenció la Dirección—. Hemos intentado protegeros intensificando las restricciones.

La chica levantó la vista un instante y movió los labios como si quisiera hablar. Pero no dijo ni una palabra y se giró bruscamente hacia su amigo, que la sacó de la sala. Cuando pasaron a mi lado, me di cuenta de que era el mismo guardia que había impedido a Maria tocar el pájaro muerto.

Se hizo el silencio entre los huéspedes y ninguno se levantó.

De pronto se oyó un grito.

—Los exploradores. Los exploradores. ¿Dónde están?

La Dirección reaccionó espontáneamente. Dos de sus miembros se levantaron a la vez y se pusieron a hablar entre ellos, pero nadie escuchaba, la pregunta había ido creciendo hasta convertirse en un murmullo compacto. Mientras los dos hombres se inclinaban el uno hacia el otro o hacia los huéspedes, las palabras rebotaban de un lado a otro.

No hubo silencio hasta que el presidente no se levantó e hizo gestos con las manos a los asistentes.

—Escuchemos la explicación de la Dirección —dijo, con una sonrisa repentina en el rostro.

—Nuestros exploradores han sido parcos a la hora de dar información —dijo uno de los hombres—. Solo sabemos que han abandonado la ciudad destruida para seguir una nueva ruta.

—La conexión por radio ha fallado muchas veces —gritó el otro.

—La conexión por radio no ha funcionado bien —repitió el primero en voz más alta—. Lamentamos estos fallos. Les rogamos paciencia.

Ambos hombres se quedaron de pie, indecisos. Entonces, el presidente hizo una seña que indicaba que la reunión había concluido.

Los huéspedes se levantaron de inmediato. No salieron de la sala uno por uno, sino desordenadamente. Se amontonaron en la puerta y se repartieron por el vestíbulo, por las escaleras o por el jardín.

Oí con más claridad que nunca los lamentos de los heridos en la biblioteca.

Subí solo a mi habitación, aturdido por la violencia.

No podría haber previsto estos acontecimientos, no logro ponerlos en contexto. Mi imaginación se ha paralizado, me he sorprendido a mí mismo cambiando los cuadros de sitio, limpiando el lavabo y

comprobando si la lisa superficie de los muebles tenía polvo, todo para poner a prueba mi capacidad de controlar mi entorno.

He dado una vuelta, perdido en vagas hipótesis y sospechas. No puedo visitar al médico ni hablar con Maria. Me tumbo en la cama. Llevo un buen rato escribiendo, luchando contra un cansancio insoportable.

Esta noche me desperté bruscamente. A mi alrededor no se oía ni un ruido, llevaba mucho tiempo tumbado sin moverme, como si estuviera bajo una capa de asfalto.

Me levanté de la cama; el reloj se había parado. Fui al baño; los grifos no goteaban y la pequeña superficie del agua del retrete se mantenía en calma. En mi habitación vi los inexpresivos rostros de los cuadros y el prado vacío donde las amapolas relucían como lámparas. El espejo estaba opaco, como si la plata se hubiese filtrado por el reverso; los bordes reflejaban las paredes opuestas con los muebles en un fino relieve.

Al otro lado de la ventana, el jardín había perdido sus contornos, la oscuridad aplastaba los árboles y las formaciones rocosas, los troncos y los arbustos estaban volcados sobre el césped, y las rocas parecían aplanadas.

Salí de la habitación y me detuve sobre la alfombra azul, que devoraba los escalones y camuflaba la amplitud del pasillo. El silencio se cerraba sobre mí como una tenaza.

Crucé el pasillo y abrí la puerta de la habitación de Maria.

Estaba tumbada bocarriba. El cuerpo sobresalía hacia fuera y la cabeza estaba encajada en el hueco entre la cama y la pared. Tenía los ojos y la boca entreabiertos y el rostro cubierto de sudor. Las sábanas estaban desgarradas a su alrededor, enmarañadas en sus manos. Los ojos y la boca entreabiertos, el rostro cubierto de sudor, las sábanas desgarradas, enmarañadas en sus manos.

Se encendió la luz. Vi que la cama estaba vacía.

Cuando me desperté ya era de día.

Maria estaba sentada en una silla a mi lado.

Tenía la vista fija en algo que había tras la ventana. No movía la cabeza, pero seguí el ligero movimiento de su pupila. Me imaginé que estaba observando las nubes.

Cuando vio que me había despertado, me dijo que ya había pasado la hora del desayuno.

—Tabletas de calcio —respondí.

Me dijo que anoche me había llevado a la habitación ella sola. Había salido para estirar las piernas. Cuando volvió, me vio tirado en el suelo delante de la cama.

Le conté lo de su cuerpo sobre el colchón. La había visto convulsionando y ya tenía las heriditas en la piel, las encías

sangrando, el pelo caído, todos los síntomas que conocíamos.

No me miró mientras yo hablaba.

—La Dirección ha prometido coñac después de la cena para celebrar el día de la inauguración del hotel —dijo Maria.

—Mejor eso que la alarma —contesté—. El coñac también cansa, pero provoca una borrachera menos nociva. Para la Dirección se trata de equilibrar los recursos somníferos.

—No creo que hoy pase nada. Todo el mundo está hablando del coñac.

—¿Sabes por qué los exploradores han dejado de comunicarse por la radio? —pregunté—. Mientras estaban en las ciudades destruidas, se han olvidado de los que estamos de vacaciones en Termush. Eso es lo que intenta ocultar la Dirección.

—Eso si no han tenido un accidente. Y es eso lo que intentan ocultar.

Me levanté de la cama para vestirme. Antes de irse, me tocó el brazo.

—Muchos de los heridos ya han muerto. El médico ha dicho que entierran a uno o dos cada noche.

Después de la cena sirvieron el coñac en el salón.

En las mesitas reinaba un ambiente jovial, la gente empezaba a jugar a las cartas o a contar historias que hacían que todas las sombras circundantes temblasen de risa. Se sustituían las botellas vacías por otras nuevas. Las risas se propagaban y crecía la cantidad de vasos volcados. Poco a poco, los huéspedes comenzaron a abandonar el salón, se retiraron del vestíbulo hablando en voz alta y subieron la escalera para irse a dormir a las habitaciones.

Después, vi a la Dirección ayudando a los camareros a recoger el salón. Estaban comprobando si había marcas de puros en los muebles o vasos rotos en las escaleras.

El lamento de los heridos de la biblioteca se ha apagado, como si les hubieran llevado coñac o les hubieran pedido que hicieran el favor de no alterar los festejos del día de la inauguración.

21

Un incidente aislado ha desatado una mezcla de reacciones, algunas vehementes y otras impasibles.

La desaparición de los exploradores, los huéspedes aislados, los heridos, nada de esto se podía explicar fácilmente. La imagen se empaña al instante, las carreteras ya no están señalizadas con claridad y se pierde el control. Esta historia, sin embargo, es sencilla. Le han asignado una moraleja y todo el mundo ha podido proceder con una rápida brutalidad que, sin tener en cuenta a la víctima, busca tan solo aliviar a sus jueces.

Esta mañana temprano llevaron a uno de los huéspedes a la enfermería. Lo encontraron en el baño, vomitando compulsivamente y con violencia.

El doctor dijo que se debía a la radiación, pero antes de que saltara la alarma el hombre le comunicó su historial médico. Sufría un avanzadísimo cáncer estomacal. Llevaba toda la estancia en Termush poniéndose inyecciones analgésicas, pero aun así tuvo suficiente fuerza y voluntad para participar en las actividades del grupo.

Todos recuerdan que solo comía platos fácilmente digeribles y se disculpaba aludiendo a una simple gastritis. Todos recuerdan que su demacrado rostro era una fuente continua de asombro.

Los primeros y vagos arranques de curiosidad no tardaron en desaparecer, sustituidos por una condena generalizada. Se produjo una sintonía inaudita entre los habitantes de Termush. Ya no hacía falta un presidente para cristalizar la opinión de los demás. Una radiación helada parecía emanar de los silenciosos huéspedes del hotel.

El delito del hombre había sido inscribirse en Termush a sabiendas de que iba a morir. La Dirección había rechazado muchas solicitudes y él había dado una respuesta falsa a una pregunta del formulario de inscripción. La condena estaba clara, aunque no se la llamara por su nombre.

Se hablaba del tema de forma entrecortada. La gente intercambiaba impresiones de pie, cara a cara. No era necesario convocar una reunión en el salón, la comunicación se desarrollaba entre las habitaciones, de pasillo a pasillo y en las escaleras. Termush se había convertido en una ciudad viva con calles y callejuelas y una hoguera en la plaza. Los habitantes formaban un pueblo cohesionado, nadie debía inmiscuirse y atacar sus leyes morales. La unión abolía la

dolorosa división entre individuos, el rechazo y el odio les daban la fuerza que necesitaban.

Me encontré con el médico, pero no pude sonsacarle nada. Se apoyó en el marco de una puerta y evadió la pregunta.

—No entiendo lo que ha sucedido —explicó—. La Dirección opina que todas las reacciones humanas forman parte de mis competencias. Pero no puedo ir por las mesas durante la cena repartiendo tranquilizantes.

—El día de la inauguración ya ha pasado —dije—. Y la vuelta en barco no salió bien. Puede usted proponer que usen la alarma. —El médico me dirigió una mirada fugaz—. Tiene que haber algún modo de proteger al enfermo.

—No le quedan muchos días —respondió—. Está muy debilitado.

Se dio la vuelta y entró en la enfermería, y yo subí a la habitación de Maria.

La frontera de Termush se ha estrechado. No ha pasado nada, pero la nueva unidad y la condena funcionan como un refugio construido a mayor profundidad que el original, con paredes de plomo y portones que pueden cerrarse herméticamente a todos los forasteros.

22

Durante el desayuno nos comunicaron que el enfermo había muerto.

El mensaje pasó de boca en boca como un saludo o una palabra clave acordada de antemano. No había triunfo ni sentimiento de venganza en su expresión, tampoco lamento o asombro. La noticia se propagó tranquilamente, como si fuese un elemento más de la historia.

Muchos huéspedes sentados a la mesa paraban de repente lo que estaban haciendo, uno de sus vecinos se inclinaba hacia ellos y estos escuchaban y esperaban un momento antes de desdoblar la servilleta y extendérsela en el regazo.

Maria bajó antes que yo, estaba sentada algo lejos, pero no levantó la cabeza cuando entré. No siguió con la mirada las repetidas noticias acerca de la defunción. Masticaba muy despacio.

La clara de huevo se me hizo indigerible. Me tragué las pastillas de calcio y me bebí medio té. Me dio la impresión de que los huéspedes se quedaron más tiempo en el comedor a propósito. Estaban sentados con la cabeza inclinada, hablando en voz baja como si se hubieran calmado tras un largo rato de inseguridad. Los acontecimientos les habían dado la razón. Afuera brillaba el sol y no había viento que moviera las ramas de los árboles.

Estaba dando una vuelta solo después de almorzar cuando se activó la alarma.

Había bajado a caminar entre las figuras de piedra justo después de que el sol dejara de iluminar ese lugar. Desde el camino de gravilla podía seguir a los huéspedes que estaban en los jardines, ya fueran al mirador o se acercaran a la llanura contigua. Los veía pasar deslizándose en grupos de dos o más; no alcanzaba a ver sus pies sobre las baldosas, tan solo los cuerpos de cintura para arriba que iban de izquierda a derecha y se giraban unos hacia otros, los brazos que gesticulaban, las bocas abiertas para argumentar.

No llegaba a oír lo que decían, pero en el hotel reinaba una alegre energía y los paseantes llenaban el jardín.

No había necesidad de mandar a los huéspedes a los refugios. No estaban rebeldes ni nerviosos; tras esa energía había una brutalidad tan indirecta que ni ellos la notaban. Ya se habían olvidado del muerto y se limitaban a tomar nota de que el juego se había acabado. Su maldad era suave; su crueldad, un golpe desganado y casual.

Pero a la Dirección le inquietaba la nueva y desordenada actividad de los huéspedes.

Había cuatro siluetas sobre mí en el instante en que sonó la alarma. Todo el mundo se giró y alzó la cabeza hacia el cielo, cuya luz los iluminaba mientras yo seguía oculto en la sombra. Pero el cielo estaba despejado y tranquilo, no había indicios de lluvia ni de bajas presiones. Se miraron unos a otros, se dieron la vuelta y se hundieron lentamente en el camino de vuelta a Termush.

El mar lanzaba llamaradas de sol que me acariciaban la espalda. El agua no se movía hacia la playa. Posé la mano en el gran músculo de la pierna del león de piedra. Seguía caliente por el sol.

Después subí las escaleras y atravesé la planicie hacia el edificio lentamente, igual que el resto de los huéspedes. Ninguno tenía prisa, todos cedían el paso para permitir que otro entrase primero por la puerta del vestíbulo.

Ya habían bajado al refugio a los heridos.

Tuvimos que ir de uno en uno por los pasillos para poder pasar junto a los grandes biombos que habían instalado delante de las camas. Uno de los heridos estaba quejándose, aunque por sus gemidos pude notar que estaba bajo los efectos de la morfina. Murmuraba sin cesar la misma letra, que no pude relacionar con ninguna palabra.

Una vez cerrada la puerta del refugio, los heridos dejaron de ser una distracción.

Vi que ningún huésped esperaba que esta estancia fuera larga. Se sentaron relajados, observando el techo o los detalles de los bancos, o bien jugando a las cartas. No había rastro de desaliento ni de fatiga. Esta estancia no cambió la expresión de sus rostros ni la relación que tenían entre sí. Ni siquiera los refugios podían borrar la nueva solidaridad de los huéspedes, su unión como pueblo.

Como si la Dirección se hubiera dado cuenta, o quizá porque habían actuado en contra de sus propias ideas, la alarma cesó una hora después.

Las partidas de cartas se interrumpieron y la sala se vació de huéspedes, que subieron de inmediato a sus habitaciones a cambiarse para la cena.

Por deferencia hacia nosotros, los biombos no se retiran y no se sube al hotel a los heridos hasta que no nos hayamos ido todos.

23

Anoto el sueño que he tenido esta noche:

Estaba mirando hacia el mar que se extendía bajo una luz pálida y fría. Estaba allí, pero no tenía forma, igual que el sol que ilumina sin tener sustancia.

El agua era clara y transparente. Aunque era profunda, vi el paisaje pétreo del fondo, pendientes de guijarros sin vegetación ni algas, desnudas y redondeadas como si el mármol y el granito las hubieran afilado.

Por este mar nadaba un banco de grandes peces. No eran delfines ni tiburones, pertenecían a una especie que no conozco.

Los peces descendían hacia las piedras, ascendían como si lo hubieran decidido en común, rompían la superficie con sus brillantes espaldas y dejaban que la gran aleta surcase el aire mientras los cuerpos se quedaban en el agua. La distancia entre los diez o doce animales era siempre la misma, aunque no paraban de deslizarse y cambiar de sitio según un plan inmutable. Ya fuera en la profundidad o cerca de la superficie del agua, sus cuerpos se desplazaban calmados y fuertes como si constasen de un único músculo.

De repente el movimiento de los peces cesó; la luz se solidificaba difusa por la superficie, la ligera llama y los matices desaparecieron.

Al mismo tiempo, estaba allí como yo mismo, llevaba puesta mi chaqueta del hotel y estaba de pie en el suelo de una sala inabarcable.

Cuando alcé el rostro, vi a los peces colgando sobre mí en cadenas y soportes de hierro que caían del techo. Mantenían la misma formación que hacía un momento en el agua. El cielo se cernía sobre ellos monótono como una gran plancha pintada de azul.

Cuando me hube acostumbrado a la penumbra de la sala, vi las enormes heridas abiertas del abdomen de los peces.

Inmediatamente después de la cena, cuando estábamos en el salón y la última luz desaparecía del jardín, entró una mujer corriendo, o más bien dando tumbos, por la puerta del vestíbulo.

Uno de los huéspedes varones se levantó de un brinco y la sujetó para que no cayera sobre la mesa donde aguardaba una fila de tazas.

—El baño, el baño —dijo, incapaz de explicarse.

Fuimos tres o cuatro al diminuto cuarto de baño que está bajo la escalera del vestíbulo.

La puerta estaba entornada y la luz, apagada. Pero con la que entraba del vestíbulo vimos que un hombre se había ahorcado. Había

atado la cuerda alrededor de la amplia tubería de la cisterna y se había dejado caer desde el asiento del retrete. Tenía las piernas separadas y la orina oscurecía la pernera del pantalón.

Una vez que cortamos la cuerda y lo bajamos, llamamos al médico. El vestíbulo quedó clausurado hasta que se llevasen el cadáver y se limpiase el pequeño cuarto de baño.

Todos los huéspedes regresaron al salón; el café estaba frío y su amargor se pegaba a la lengua.

La Dirección mandó llamar a algunos huéspedes que vivían cerca de la habitación del fallecido. Me resultó incomprensible que la Dirección se interesara por chismes y explicaciones a medias. Nadie pudo contribuir a esclarecer la muerte de este hombre. ¿Sucedió porque era huésped de Termush o fue una decisión personal? Después de todo, ¿era posible separar ambas cosas?

La noche transcurrió entre estos indolentes interrogatorios. Pero los huéspedes parecieron ir calmándose poco a poco. Lo sucedido quedaría claro mientras lo abordásemos metódicamente; las preguntas producto de la agitación desaparecieron y esperamos solo las respuestas y el esclarecimiento.

Salí del edificio con Maria. Era la primera vez que caminábamos por el jardín de noche.

Era complicado seguir el camino debido a la escasa luz de la luna.

Caminaba pegada a mí, inquieta y cálida después de lo que había pasado.

La tierra, que ahora se había enfriado, se extendía con un olor vaporoso entre los árboles. Del mar soplaba un viento casi visible.

El gran edificio del hotel tenía iluminadas las ventanas de la planta baja. Por encima, en la fachada, había alguna habitación con la luz encendida. No hacían falta cortinas, Termush no tenía vecinos: ni antes ni ahora había que temer que alguien molestase. El recinto del hotel era grande y el terreno de alrededor era rocoso y poco habitable. A nadie se le ocurriría asentarse o dejar pastar a su ganado en los alrededores de Termush.

Fui paseando con Maria por la oscuridad del jardín como en un cuadro antiguo. Incluso mi invitación a dar un paseo por la noche sonó como un cliché pasado de moda. Mi manera de tomarla del brazo y mi estilo al hablar con ella se han quedado obsoletos, igual que mis pensamientos cuando quiero hacer una crítica detallada de Termush. Miro a mi alrededor y llego a la misma conclusión a la que siempre han llegado los visitantes de Termush. Aunque intento formular mis objeciones, sigue siendo en la misma lengua y bajo las mismas premisas inamovibles.

Me invadió un frío repentino y le pedí a Maria que subiéramos.

Fue más sencillo seguir el camino al volver: las luces del vestíbulo y del salón lo marcaban. Me sentí como un antiguo terrateniente que ve arder sus propiedades y morir a sus criados. Frente a los malhechores que siguen en la escalera, solo tiene su látigo y una cita de Corneille.

Iba aferrado al brazo de Maria cuando de repente oímos tres disparos de pistola.

Venían del otro extremo del jardín, campo adentro, cerca del lugar donde el camino desaparece tras el saliente de piedra.

Nos detuvimos al mismo tiempo.

—Son los guardias quienes están disparando —dijo.

Yo asentí sin decir nada mientras entrábamos en el edificio.

Al ver a un par de huéspedes impertérritos en el vestíbulo, entendí que el ruido de los disparos no había penetrado en el hotel.

Anoche fue imposible descansar. Luminosos retazos de vigilia se alternaban con extenuantes y oscuros periodos de sueño.

Por la mañana me encontré sentado en la cama, con la piel tirante y aire en la sangre. Cuando quise abrir la ventana a oscuras, invertí mentalmente el orden de la habitación. Puse los dedos en las bisagras y no las reconocí. No quise dejarme llevar por el pánico, me convencí de que había puesto las manos bajo el marco de la ventana. Seguí palpando la pared, esperando sentir el fresco cristal o las cortinas. De pronto, me golpeé la cadera con fuerza contra la mesa.

Cuando un momento después estiré la mano, encontré el interruptor de la luz.

Agitado, comencé a vestirme. Quería bajar al jardín para seguir las maniobras de los guardias.

Me detuve en la puerta del vestíbulo que da al frío jardín para buscar la llave del cerrojo. Cuando ya estaba abriendo la pesada puerta, alguien me puso una mano en el hombro.

—He de pedirle que suba a su habitación, por favor —dijo la voz del guardia.

Me retiré de la puerta, que se cerró.

—Nadie me puede impedir que me quede en el vestíbulo —repliqué.

—Solo tengo órdenes de impedirle que salga al jardín —contestó.

—¿A mí?

—A toda persona que se acerque a la puerta principal —respondió.

—Ah, lo dice por los disparos —dije.

Levantó la mano como si fuera a contestar. Luego se dio la vuelta rápidamente y se fue.

En el desayuno corrió un rumor sin el habitual entusiasmo. Nadie tuvo concentración para tomárselo en serio, aunque hasta hace tan solo un par de días habría suscitado todo tipo de comentarios.

Dos huéspedes habían irrumpido en el cuarto de la chica que dejó el frutero en el lavadero. Se tumbaron en su cama, pero ella gritó y empujó a uno de ellos contra el radiador, lo cual le provocó una herida. La Dirección llamó a los dos hombres para interrogarlos, pero estaban bajo la influencia del alcohol o de tranquilizantes y se defendieron argumentando que anteriormente la chica había dejado pasar a su habitación a uno de los guardias. La Dirección les hizo una advertencia y prometió mantener sus nombres en secreto. El médico le

inyectó un sedante a la chica, y se la dispensó de sus labores.

La historia circuló de mesa en mesa y provocó sonrisas o negaciones con la cabeza. La curiosidad inicial había desaparecido y el escándalo común se había aplacado.

Veo Termush como un gran organismo, un único cuerpo que se rige por leyes distintas a las que se aplican a cualquier huésped. Nadie puede predecir una reacción hasta que el organismo no envía su respuesta, positiva o negativa. A veces reacciona de repente; de un reposo indulgente pasa a convulsionar como un músculo expuesto.

Pero he de preguntarme si no estaré dejando que mis sentimientos afecten a mi percepción de la realidad. Si no serán mi ansia y mi temor los que desfiguran y llenan de miedo la reacción de los demás. Si no tendré también parte de la culpa de que Termush se encierre en sí mismo, porque creo haber hecho una contribución considerable hablando con el médico o saliendo al jardín a toda prisa para escuchar disparos. Mi crítica se vuelve contra sí misma, mi propia necesidad de anotarlo todo demuestra que quiero formular mis preguntas y dudas, pero que ya he renunciado a hallar respuesta.

A la hora de la cena han sacado del refugio a los doce huéspedes confinados. El médico había ordenado un aislamiento más prolongado, pero los motivos psíquicos pesaron más que los físicos.

Los cinco días en el refugio han convertido a los doce confinados en criaturas pálidas y asustadizas. Los demás somos un recordatorio constante de su cuarentena, con nuestros rostros bronceados y nuestra despreocupada movilidad de piernas y brazos.

Se reúnen en el salón o caminan juntos por los jardines como si tras su confinamiento estuvieran condenados a no separarse. Los leves rastros de la catástrofe los han marcado a nuestros ojos: en algún lugar de sus cuerpos está el repiqueteo del cambio, de la mutilación, de la mala cosecha. Y en algún lugar de los sanos está el desprecio a los deformes, que se manifiesta de un modo u otro.

Como un miedo constante, hay una imagen dentro de nosotros: vemos el día en que los peces abandonan el agua y atraviesan la arena y la tierra, suben a los árboles, se aferran a los troncos con las quijadas sin piel y trepan por las ramas para vivir según nuevos instintos. Vemos los árboles sin hojas, plagados de esqueletos de peces cuya piel cruje como los cascabeles de los leprosos.

Vemos al galápago poniendo huevos y enterrándose en la tierra, donde muere por la sequía, a los pájaros lanzándose desde sus nidos sin desplegar las alas, al potro que lame las piedras mientras la ubre de la yegua rebosa leche, a la cabra que despelleja a su cabrito e intenta masticar la correosa carne, a la abeja que dirige el aguijón hacia sí misma; vemos el grano doblarse y crecer hacia abajo y las

raíces de los árboles alzarse desde la tierra para buscar agua en el aire.

Y vemos una plaza o un salón, lleno de seres humanos tumbados o reptando o sentados. Desnudos y sin pelo, con rostros anchos y enloquecidos, incapaces de levantarse. Pero entre estos imbéciles hay un único genio. Tiene la cabeza hinchada y la mirada fija, pero su rostro muestra una mueca de dolor. Se le ha ido toda la fuerza al cerebro y las piernas no logran sostenerlo. Solo arrastrándose sobre los cuerpos de los imbéciles, al igual que ellos se arrastran sobre él, puede llegar a la fuente de agua fresca que mana en ese lugar.

Nuestro miedo ya no es el miedo a la muerte, sino al cambio y al deterioro. No lo hemos analizado y no podemos hablar de ello, pero en los momentos en los que somos capaces de escapar de nuestro propio desierto interior, la imagen se vuelve más nítida.

Es imposible retener esta idea. La mermamos, la cercamos mentalmente para olvidarla. Y señalamos a los doce huéspedes como signo de ese miedo que no tenemos fuerza para soportar.

Maria subió a mi habitación mientras los doce daban una vuelta por el jardín, en un grupo compacto.

25

Por la mañana temprano un grupo de forasteros irrumpió en el recinto.

En el hotel todo estaba en calma, un solo guardia fue derribado en el extremo del jardín. El césped se extendía sin obstáculos desde la tierra dura e irregular del exterior hasta el edificio: los forasteros consiguieron entrar en el vestíbulo sin dificultad.

Cuando estaban metiendo a sus heridos en la enfermería, se encontraron con tres guardias armados con metralletas.

Los forasteros soltaron las armas, pero no se dejaron atrapar.

Cuando llegó el médico, los guardias estaban apuntando a la nada con las metralletas. Uno abrió la puerta de una patada y se puso a disparar al aire y a los árboles. El doctor entró en la enfermería para aplicarles los primeros auxilios a los heridos.

Muchos huéspedes se habían reunido en la escalera. Un grupo del descansillo inferior rompió el tenso y prolongado silencio. Como guiados por un impulso común, se pusieron a gritar y bajaron los últimos escalones hasta el vestíbulo para enfrentarse a los forasteros.

Los detuvieron las metralletas de los guardias. Se retiraron entre protestas y los últimos gritos se perdieron escaleras arriba. En el momento en que se hizo el silencio oímos a los heridos, que gemían débilmente en la sala de piedra.

Un miembro de la Dirección les pidió a los huéspedes que regresaran a las habitaciones.

Poco a poco, los espectadores fueron abandonando el vestíbulo. Se cernió sobre nosotros un tembloroso cansancio mientras subíamos las escaleras para dispersarnos por los pasillos.

Por un instante, todas las opciones estaban abiertas. Ya nadie podía escapar de la consternación mediante un rechazo frontal de la crisis.

Pero las fronteras volvieron a cerrarse como las dos mitades de una esfera. El asombro y la duda desaparecieron, todo el mundo tenía clara su decisión. Sucedió sin votaciones ni conversaciones, como una revelación común.

Esta mañana no hemos podido hacer frente a los intrusos. Pero prepararnos para otra invasión se ha convertido en la fase final de nuestra protección: los guardias se mantienen alerta todo el día en los jardines y alrededor de los muros del edificio. Tienen órdenes de disparar a todo aquel que traspase los límites del jardín.

No entiendo la nueva fuerza que se manifiesta en los huéspedes en forma de una energía eufórica. Lo percibo todo de un modo impreciso, como si estuviera hundido en el agua.

En el salón, la Dirección ha explicado el sistema de guardia con precisión. Se ha acercado a los huéspedes con todos los detalles ilustrados. Termush está creciendo hacia dentro.

Al último miembro de la Dirección nunca lo había visto. Su aire cansado y sus largas e inquisitorias pausas me hacen creer que es la voz de la megafonía del hotel, pero quizá esté dándole mucha importancia a este parecido casual.

Ha hablado de los grupos de forasteros que vagan por los alrededores de los terrenos de Termush. Heridos de ciudades cercanas o alejadas, restos de grupos más grandes, la mayoría de cuyos integrantes han perecido a causa de las heridas o de las epidemias. Los más fuertes se han unido para buscar medicinas y comida, o ciudades cuyos habitantes hayan muerto y cuyos almacenes estén intactos. En el camino, muchos han oído hablar de Termush.

Nadie se movió cuando dejó de hablar.

La Dirección rompió el silencio: haciéndole un gesto para que se sentara, dio orden de abrir las puertas.

Entraron nueve guardias con trajes claros, chalecos antibalas y metralletas. Miraban al frente y subieron con una rara ligereza hacia la mesa de la Dirección. Se pusieron en fila e hicieron los tradicionales movimientos de cuerpo y armas mirando hacia los huéspedes.

Los miembros de la Dirección se giraron y los vi sonreír, quizá aliviados, quizá orgullosos.

Justo después de que acabase la reunión, el primer turno comenzó su guardia. Desde el comedor y el vestíbulo y desde las ventanas de las habitaciones y los pasillos seguimos los movimientos de las figuras vestidas de blanco. Un anillo interior en torno al edificio y otro exterior en los límites del recinto. Mantenían la posición, erguidos y atentos, mientras patrullaban con la mirada las trampas del jardín y los claros de los caminos.

Se podía identificar a los soldados mucho después de que las siluetas de árboles y arbustos se desdibujaran.

A pesar de mi cansancio, sé que a partir de ahora no hay vuelta atrás. Todos los caminos, todas las rutas, se han convertido en calles sin salida, todos conducen al interior del hotel. No puede suceder nada más.

En mitad del silencio oigo los débiles gritos que los soldados utilizan para mantenerse atentos y en tensión. ¿O es una lengua extraña que usan para transmitir información y órdenes?

La noche fue una llanura oscura y densa, perforada por repentinos disparos de los guardias. Yo dormí sin soñar, inmóvil en la cama, con las pantorrillas y los hombros en tensión. La oscuridad de la habitación se fundió con la del sueño.

Hablé con Maria y puse mi cuarto a disposición de la Dirección para los heridos. Podía vivir con Maria, no me supondría ningún inconveniente y ella estaba dispuesta a acogerme.

La Dirección rechazó mi propuesta de inmediato. Alcé la voz y quizá soltara algunos exabruptos, o eso dijo Maria después de que le contase lo que pasó.

Algunos huéspedes fueron testigos de mi rebelión contra la Dirección, aunque esa no había sido mi intención. Salí del despacho indignado sin cerrar la puerta. Me sobrevino un violento mareo.

Hoy se han oído muchos disparos. Nadie sabe si han sido tan solo de advertencia. La Dirección, que siempre se mezcla entre los huéspedes, dice que el mero hecho de ver a los nuevos guardias ha ahuyentado a los forasteros.

Uno de los soldados regresó del jardín con un brazo herido. El accidente lo había causado su imprudencia con una granada de mano. Otros dos guardias lo confirmaron, pero no solo llevaba vendada la mano: su rostro también estaba oculto cuando lo llevaron a la enfermería.

Hemos formado grupos en el vestíbulo de manera espontánea, nos hemos ido juntando y separando mientras la Dirección hablaba y caminaba entre nosotros. No ha tenido lugar ningún acontecimiento destacable, pero aun así el ambiente era triunfal, como si toda la información procedente del exterior fueran detalles de una victoria. El jardín estaba desierto excepto por los guardias de blanco, pero todos miraban expectantes en esa dirección.

Estoy sentado al lado de la mesa. Maria está tumbada en mi cama. Ambos estamos callados.

En el vestíbulo y en el salón sentí que los demás huéspedes conocían la propuesta que le hice a la Dirección. No expresaron enfado ni un claro rechazo, pero se les notaba un ligero desprecio por mi intento.

Subí rápidamente a mi habitación después de la cena. También desde aquí oigo movimiento en los pasillos y en el vestíbulo. De

repente suenan disparos en el jardín, pero no oigo gritos.

Sin darme cuenta, estoy haciendo inventario de la habitación con la vista: el espejo, los dos vistosos cuadros, la cama, la ventana, la puerta cerrada. Dejo que los ojos vayan de un objeto a otro. Maria se ha dormido con la cabeza inclinada a un lado.

27

Los forasteros han matado a dos guardias. La mañana transcurrió tranquila, los equipos de vigilancia cambiaron turno a mediodía. Poco después, nuestros adversarios abrieron fuego desde varios escondites.

Llevaron a los guardias al vestíbulo. La cara de uno era irreconocible, por la forma creo que era el que le hizo la advertencia del pájaro a Maria.

Taparon con sábanas a los fallecidos. Los huéspedes pasaban por delante de las camas donde se dibujaban los cuerpos a través de la tela. Les habían quitado los trajes protectores para limpiarlos.

Nos quedamos en el vestíbulo o en el salón, donde la Dirección nos iba comunicando las últimas noticias. Siempre hacían hincapié en la cantidad de forasteros muertos.

En el jardín, los guardias se movían más rápido, con más energía o furor. Los mirábamos por las ventanas con perseverancia, como si necesitasen de nuestra voluntad para actuar con libertad.

Un par de horas después cesaron los ataques de los forasteros.

28

Estamos en los refugios.

Esta mañana se han producido nuevos ataques contra los guardias. Han comenzado a alistarse voluntarios entre los huéspedes para llevar las armas y los trajes de protección que han quedado libres.

Maria no responde cuando le hablo. Se limita a observarme, herida. Se pega a mí, me sigue dondequiera que voy como si se lo hubieran ordenado. Me asusta. Está sentada a mi lado, durmiendo apoyada contra la pared.

Se ha comentado la posibilidad de escapar. Alguien ha hablado de rehenes, de incendiar el jardín, de destruir todo lo que existe de Termush sobre la superficie.

Los forasteros han dejado de disparar. En los acantilados más cercanos se ven hogueras en la oscuridad. El guardia que nos lo ha contado está exhausto.

Está permitido abandonar el refugio, pero la mayoría hemos elegido pasar aquí la noche.

La piel de las manos me arde.

Hemos decidido irnos de Termush.

Han traído al hotel a los primeros voluntarios muertos y heridos.

Mañana temprano el yate parte de Termush.

Ya han comenzado a cargar agua y víveres. El grupo de transporte está camuflado y custodiado por los guardias. Mientras cargan, los soldados intensifican los disparos en los límites del recinto. Nuestros adversarios están por todas partes, entre las rocas y en la llanura cubierta de árboles al otro lado del jardín. Los soldados han trazado en un mapa su localización y sus movimientos.

El médico nos ha comunicado que se quedará en Termush y que su adjunto irá en el yate. La intención del doctor es ayudar a los forasteros, que, sin duda, traerán muchos heridos en sus filas. Ni la Dirección ni los huéspedes han hecho objeción alguna a esta decisión.

Me da la impresión de que estoy todo el rato esperando a Maria. Me sigue a todas partes, se para a pocos pasos de mí y se me queda mirando hasta que vuelvo a caminar. Está lejana y pensativa, la observo para ver a qué se debe el cambio.

La miro a los ojos, claros y grandes. Entiende lo que le digo, pero no me responde. Aunque reconozco sus ojos, es como si tras ellos hubiera dado la espalda a quien la observa.

La tomo de la mano y reconozco la piel, la atraigo hacia mí y ella sonríe. Pero no sucede nada en su interior. Así, continúo andando y ella me sigue tranquilamente sin mirar a los demás si le hablan.

Cuando tiene frío, me para y señala mi chaqueta.

Esta mañana, al amanecer, el enemigo atacó. Incrementaron los disparos en el extremo más alejado del jardín mientras una fuerza menor penetraba por el camino. Se produjo entre nuestros soldados un momento de confusión y de órdenes contradictorias. Después, se rechazó el ataque.

La alarma del tejado del hotel nos avisó para que saliéramos de las habitaciones. Sin pararnos a coger más que lo indispensable, atravesamos en pequeños grupos el jardín para llegar al yate. Los guardias nos cubrieron. Excepto por heridas de bala superficiales, los huéspedes subieron a bordo sanos y salvos. Los guardias se retiraron cruzando el jardín, tan repentinamente que el enemigo no entendió cuáles eran sus intenciones. Nuestros soldados llegaron al barco antes de que los forasteros traspasaran los límites del hotel.

Mientras partíamos, vimos que el jardín se llenaba. Nos tumbamos muy juntos en el suelo y en los bancos para protegernos de los disparos. Pero nadie nos disparó. A mitad de camino pendiente abajo, las grandes figuras de piedra relucían bajo el sol.

Reina el silencio en el salón del barco. El paisaje ha desaparecido detrás de nosotros. El sol calienta con fuerza. Los cuerpos se desploman por doquier, exhaustos por el calor. Maria descansa contra mí.

31

Nadie ha descansado. Están pasando pan y café.

Ya vuelve a hacer el mismo calor, aunque esta noche nos hemos congelado. El motor está dando problemas.

Nos turnamos para subir a la cubierta o ir al baño.

El barco se balancea suavemente. No hay viento.

Estamos medio tumbados en nuestros sitios, muchos con los ojos cerrados para protegernos de la luz. Nadie se mueve más de lo necesario.

Afuera, el mar se ha detenido, no hay luz ni oscuridad.





Termush

Traducción de Daniel Sancosmed Masiá

En un mundo asolado por la radioactividad, un pequeño grupo de multimillonarios ha sobrevivido al apocalipsis refugiándose en el complejo costero de Termush. Los huéspedes pasan el día disfrutando de los lujos que se les ofrecen: música ambiental, amplias habitaciones

y raciones exquisitas. Mientras tanto, en el mundo exterior, el polvo nuclear sepulta las esculturas de los jardines, los guardias recogen los cuerpos agonizantes de los pájaros caídos y una partida de reconocimiento se adentra en el yermo. La frágil coexistencia del grupo se verá sacudida cuando a los límites del complejo comiencen a acercarse los primeros supervivientes de la catástrofe en busca de refugio. En la noche más oscura de la humanidad, los habitantes de Termush deberán forjar un código ético para los albores de un nuevo mundo.

Termush es un clásico de la ficción distópica: impactante, peligroso y bellamente oscuro. Un White Lotus postapocalíptico, un Mad Max intimista, una novela visionaria.

CITAS

«Termush es como el Hotel California después del fin del mundo. Un relato escalofriante y premonitorio sobre la alienación: puedes esquivar el apocalipsis, pero no puedes escapar de ti mismo...» —Andrew Hunter Murray

«En este escalofriante escenario de los últimos días sobre la Tierra, los que pueden pagar por sobrevivir pasan sus días en un espejismo de seguridad que se derrumba lenta y silenciosamente. La distancia que Holm interpone entre el narrador y la realidad del complejo turístico crea un estilo educado, minimalista e inquietante.» —Mariana Enríquez

«Excelente… Esta visión de horror apocalíptico y crítica de clase contiene multitudes.» —Publishers Weekly

Sven Holm nació en Copenhague en 1940. Fue narrador y dramaturgo. Debutó a los veintiún años con su aclamado libro de relatos Den store fjende («El gran enemigo», 1961), y ha sido uno de los grandes escritores en lengua danesa de la segunda mitad del siglo XX. Entre sus obras destacan la novela distópica Termush (1967, que Impedimenta recupera en 2024), la historia intimista Syg og munte («Enfermo y feliz», 1972) y el poema en prosa Syv passioner («Siete pasiones», 1971). En 1974 fue galardonado con el Gran Premio de la Academia Danesa, y en 1991 recibió la Medalla Holberg. En 2001 se convirtió en miembro de la Academia Danesa, y ese mismo año ganó el Premio de la Crítica Danesa por su libro de relatos Kanten af himlen («Los bordes del cielo»). Realizó también numerosos guiones que fueron adaptados al cine y la televisión, de los cuales destaca el film histórico Peter Von Scholten (1987). Sven Holm falleció en 2019.

Título original: Termush. Atlanterhavskysten

Edición en ebook: septiembre de 2024

Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

www.impedimenta.es



Este libro ha recibido la ayuda a la traducción de Danish Arts Foundation

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-19581-73-0

Índice